BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

EL ACUARIO

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



eb

LA CONQUIST
DEL ESPACI

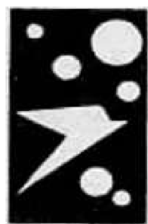
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

243 — Cementerio espacial – *Marcus Sidereo*
244 — Los libertadores del espacio — *J. Chandley*
245 — El día que no salió el sol — *Ralph Barby*
246 — Los polizones de la muerte — *Marcus Sidéreo*
247 — Psicocontrol — *Clark Carrados*

RALPH BARBY

EL ACUARIO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 248
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 10.954 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S.** A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Las cejas finas, de trazos rectos y partidas en ángulo, estaban tensas.

El general Chaen Otse movió unas hojas entre sus dedos; se sabía observado con mucha atención. Él era el presidente del tribunal marcial en aquella corte que había acaparado la atención mundial, pese al silencio informativo.

Al fin, su voz suave, casi meliflua, que no encajaba con su personalidad despótica y despiadada, ordenó:

—Pónganse en pie los acusados.

Veinte hombres fuertemente custodiados se incorporaron. No hubo dudas ni vacilaciones. Eran hombres jóvenes, acostumbrados a la disciplina.

Tras ellos, la sala estaba prácticamente vacía, sólo la ocupaban dos docenas de informadores especiales, controlados por el Gobierno del mariscal Cinabrius, un Gobierno mundi-totalitario como jamás se había dado antes.

Algunos de los informadores tenían que dar las noticias a los habitantes de la Tierra; otros, debían de enviarlas debidamente filtradas por la censura marcial, a la Luna, Marte, Venus y demás planetas y satélites controlados por el hombre terrestre.

—Este tribunal marcial, representativo del Gobierno mundi-democrático...

Una voz grave, varonil, con tonos metálicos, le cortó:

—¡Es falso! Este tribunal no representa a la mundi-democracia, sólo representa la tiranía, la ambición y la codicia de Cinabrius.

El general Chaen Otse no pareció enfadarse lo más mínimo. Su voz no se alteró en absoluto, aunque todos sabían muy bien de lo que podía ser capaz sin dejar de sonreír.

—Mayor Flack Faraday, debo corregirle. Cuando se refiera al jefe del Gobierno mundi-democrático, hágalo con el tratamiento de excelentísimo mariscal Cinabrius.

—El nombramiento de mariscal se lo ha otorgado él mismo —replicó Faraday, sin aceptar aquella situación, pese a hallarse como acusado en la corte marcial.

—No se le olvide, mayor Faraday, que el mismísimo Napoleón, de eso hace ya dos siglos largos, se ciñó la corona de emperador.

—Y murió en el destierro —replicó esta vez el joven teniente Enmanuel Jourdan, que no podía disimular su acento galo.

—Les ruego, hagan honor a la disciplina que han recibido y acepten el veredicto de esta sala.

—El veredicto de esta sala, como tantas otras cosas en los tiempos

en que vivimos, no es más que un abuso de poder —puntualizó el capitán Brandon, algo mayor que el rubio Flack Faraday.

—Los acusados, mayor Flack Faraday, capitán Brandon, teniente...

Chaen Otse fue nombrando a los veinte hombres que habían constituido la tripulación de la nave interplanetaria *Widia 7.007*, del Ejército Astral del Gobierno mundi-democrático.

El general, tras leer las frases rituales, terminó diciendo:

—Comprobados los hechos imputados de insubordinación en acto de servicio frente al enemigo de este Gobierno, se les condena a trabajos forzados en las minas de Ganímedes, satélite de Júpiter, por el tiempo de ciento setenta y cinco mil doscientas horas cronos, equivalentes a veinte años terrestres. El embarque de los condenados será inmediato a partir de esta fecha, siendo considerados altamente peligrosos y, por tanto, sujetos a las medidas de vigilancia y disciplina extremas, según se especifica en los artículos…

Procedía a enumerar artículos y fechas el general Chaen Otse cuando Flack Faraday, un hombre alto, de cabello lacio, abundante y casi albino, ojos muy claros, de mirada dura como el diamante y figura atlética, dejó oír otra sentencia con su voz metálica.

—La tiranía de Cinabrius no durará tanto y nosotros lo veremos.

El general Chaen Otse, de piel ligeramente apergaminada y amarillenta, rostro redondo y mofletudo y boca pequeña, de labios cortados como con un cuchillo, sonrió, mostrando unos dientes afilados y diminutos.

—La vista ha terminado. Capitán de la guardia, retire a los reos.

—¡Compañeros, viva el Gobierno mundi-democrático, *kaputt* Cinabrius!

Las palabras del gallardo Faraday, que ostentaba una graduación superior a la lógica por su edad, fueron coreadas por los que habían sido miembros de su tripulación.

La vista estaba siendo grabada para pasarla luego en diferido por los canales de noticieros.

El mayor Faraday sabía bien que las cintas de videotape en tres dimensiones y a color sobre el proceso serían manipuladas de tal forma que frente a la alienada opinión pública los acusados quedarían francamente mal.

En aquellas manipulaciones y trucajes, efectuados por hábiles especialistas, se llegaba a doblar la voz controlando hasta las más mínimas labiales, de forma que quienes visionaran la cinta sobre la corte marcial, no podrían conocer la verdad de lo ocurrido, sino que se «tragarían» la verdad que les dieran convenientemente aderezada.

Salieron fuertemente escoltados por los Cascos Rojos, policía militar en la que el mariscal Cinabrius tenía la más completa

confianza. El propio general Chaen Otse era el comandante en jefe de los Cascos Rojos,

No habían tenido defensores; el sistema jurídico marcial implantado no los aceptaba.

Fueron conducidos a la sala blindada del centro Astro-Militar.

Allí les aguardaban los collares de los condenados a trabajos forzados extraterrestres. Los collares eran inoxidables y brillantes como el acero.

Poseían un cierre especial y contenían un circuito impreso por su parte interior, con unas terminales de electrodos a través de los cuales se sometía y dominaba duramente al condenado díscolo.

A través de aquellos collares, que recordaban los antiguos grilletes con que se sujetaba a los esclavos, podían llegar a matar si las ondas que se les enviaban como castigo y represalia actuaban adecuadamente sobre el sistema nervioso cervical; sin embargo, de ordinario, se limitaban a enviar descargas dolorosísimas que aplacaban al más rebelde de los reos.

Entre el mayor Flack Faraday y el capitán Telus Kastle, de los Cascos Rojos, desde los tiempos en que ambos acudían a la academia militar, existía una rivalidad jamás zanjada, una rivalidad que se había demostrado en todos los órdenes, tanto en los juegos deportivos como en las prácticas.

Faraday había destacado casi siempre sobre Telus Kastle, lo que había hecho nacer en este último un rencor soterrado que se había puesto de relieve en el momento clave de la organización del brote que había estado a punto de llevar a la humanidad a su Cuarta Guerra Total, cuando tan duras, desagradables y patéticas huellas había dejado la Tercera a causa de las bombas nucleares empleadas sin discriminación, especialmente por países pequeños que no se habían preocupado de evitar las radiaciones atómicas usando bombas de bajo coste.

Tras aquel brote, se habían producido varios golpes de Estado y, de súbito, había aparecido Cinabrius, consiguiendo hacerse con el poder.

El general Chaen Otse había formado las fuerzas especiales de policía militar de los Cascos Rojos a las que, al parecer, había estado entrenando en secreto para utilizarlas adecuadamente llegado el momento, y no le habían fallado.

Telus Kastle se había afiliado a los Cascos Rojos, alcanzando rápidamente la confianza del general Chaen Otse, comandante en jefe.

—Trae el collar, se lo pondré yo —exigió Telus Kastle a uno de sus subordinados, disponiéndose a cerrar el collar de castigo y control alrededor de la garganta de Flack Faraday.

Aquél era su gran momento. Ahora podía saborear a placer, con

sus propias manos, la venganza largamente deseada. Aquél era el fin del famoso, sorprendente e intrépido mayor Faraday.

Veinte años recluido en las minas de Ganímedes no los resistía ni el más fuerte de los terrícolas.

—A un tipo como tú, tenía que llegarle esto —silabeó Telus Kastle, acercándosele con el collar abierto entre sus manos.

—Todos tranquilos, esto es algo personal —advirtió Faraday, que por su condena, lo mismo que los demás sentenciados, había perdido toda graduación militar.

Telus Kastle tenía el cráneo protegido con su casco rojo, también los ojos y el mentón con el acolchamiento debido, mas el puño de Flack Faraday le alcanzó justo en mitad del labio superior, entre la nariz y el maxilar inferior.

La rapidez del puño había sido centelleante, como jalar el gatillo de un fusil láser y la consiguiente salida del rayo destructor.

Telus Kastle, con el collar entre sus manos, cayó de espaldas. La contundencia del puño de Faraday estaba fuera de toda duda.

Varios Cascos Rojos apuntaron con sus armas a Faraday, dispuestos a exterminarle, pero el capitán Telus Kastle se apresuró a decir:

—No disparéis. Ya le rebajaremos el orgullo y esa insultante arrogancia.

Se rehízo, un hilillo de sangre tiñó sus dientes algo amarillos.

Telus Kastle no había nacido en la Tierra sino en Marte y, por consiguiente, tenía algunas diferencias, no más que las que pudiera haber entre un negro masai y un japonés.

Telus Kastle se acercó a Faraday.

Entre tres oficiales de los Cascos Rojos mantenían quieto al ex mayor con los cañones de sus subfusiles láser apoyados en tres puntos distintos de su cuerpo, impidiendo que se moviera.

Aquellos oficiales de los Cascos Rojos estaban especializados para la represión, tanto de individuos o guerrilleros como de masas en protestas comunitarias.

Flack Faraday notó el frío y desagradable contacto metálico del collar de condenado cerrándose en su cuello con un ligero ruido de serreta.

El capitán Telus Kastle se lo había ajustado al máximo, con toda la malignidad posible. De no haber hinchado Faraday los músculos de su cuello, presintiendo aquel abuso de fuerza, habría tenido tantas dificultades para respirar como un pez que ha sido sacado de su pecera.

Su oxigenación cerebral habría disminuido, y a la larga una acción de aquel tipo dañaba las células cerebrales. El coeficiente de inteligencia se degradaba y un hombre inteligente podía convertirse

en un lastimoso idiota.

—Pagarás lo que has hecho, Faraday. Será tu último acto de soberbia.

Telus Kastle se retiró hacia atrás y llevó su mano al cinturón donde tenía una especie de cartuchera herméticamente cerrada con unas teclas que pulsó. Envió unas ondas a la computadora de castigo y ésta, a su vez, emitió unos rayos que receptó el collar del condenado.

Flack Faraday sufrió una leve sacudida. Pareció que iba a doblegarse, mas aguantó mientras se ponía primero rojo y luego azul.

Se llevó las manos al collar como para tratar de arrancárselo instintivamente. Trastabilló, quiso gritar y ni eso pudo.

Un agudísimo dolor cervical le atenazaba. Sintió que todo su sistema nervioso quedaba como rebosante de unos aguijoneantes y viperinos electrones que lo distorsionaban todo al tiempo que sufría sacudidas musculares y perdía la fuerza controlada.

Flack Faraday sabía que aquellos collares podían matar. De hecho, habían exterminado ya a muchos hombres en los campos de condenados desde que Cinabrius se hiciera con el poder; sin embargo, nadie sabía aún quién era Cinabrius.

Todos hablaban de él, mas nadie en concreto podía decir cómo era.

Cuando sus mensajes se emitían por las cadenas populares de 3D-TV o en cintas grabadas de videotape para los altos ejecutivos del Gobierno falsamente denominado mundi-democrático, sólo se veía su símbolo, y este símbolo era el signo de Cáncer en amarillo sobre fondo negro.

Se escuchaban sus mensajes orales, pero Cinabrius no se dejaba ver, aunque sí se dejaban sentir sus planes de represión y castigo.

En aquellos instantes, Flack Faraday, condenado a veinte años terrestres de trabajos en las minas de Ganímedes, sufría, además, la venganza personal de un ex compañero de universidad marcial que, tras años de acumular rencores, había visto llegado su momento para darles cumplida satisfacción.

Flack Faraday estaba aguantando lo insoportable. No quería proporcionar el capitán de los Cascos Rojos, Telus Kastle, el placer de verle caer rendido, desmoronado a sus pies, hecho una piltrafa humana.

Se creó un momento de gran tensión en el grupo de sentenciados.

Todos apreciaban y respetaban a Faraday por su valor, por su compañerismo, que en la mayoría de las circunstancias hacía olvidar su condición de comandante.

—¡Basta, canalla! —gritó uno de los sentenciados que aún no tenía el collar puesto.

Quiso atacar a Telus Kastle para que dejara de torturar a Faraday,

y en aquel intento se le unió otro mientras los demás ofrecían un movimiento de ataque.

Mas se jalaron los gatillos de los subfusiles láser y los rayos de la muerte brotaron tan rectilíneos como eficazmente letales.

En medio de aquella nube rojo-morada que cubría sus ojos, Faraday vio como dos de los que consideraba sus hombres, dos de los valientes que junto con él habían aceptado desobedecer la orden de la superioridad, caían horadados, fulminados por el láser.

Sus cuerpos se carbonizaron al tiempo que se derrumbaban.

Al capitán Telus Kastle le sería muy fácil justificar aquellas muertes, alegando intento de fuga y agresión.

Para evitar más muertes inútiles entre los hombres que trataban de ayudarle, Flack Faraday se abandonó al dolor y midió el suelo con su cuerpo.

De no haber visto morir a dos de sus muchachos, habría intentado resistir hasta la mismísima muerte. Lo último que escuchó, en su estado consciente, fue una leve risa de satisfacción y un murmullo de protesta y rechinar desdientes entré los sentenciados.

Después, se sumió en el éter ingrávido, atravesado en todas direcciones por miríadas de finos rayos que torturaban su cuerpo aún en la inconsciencia.

CAPÍTULO II

Al despertar de su prolongada y dolorosa inconsciencia, sintió unas fuertes náuseas y un intenso dolor a lo largo de todo el espinazo.

No había abierto todavía los ojos; si los abría, sus demás sentidos disminuirían lógicamente en su percepción. Por otra parte, los párpados le pesaban tanto que le dolían los ojos que tenían que soportarlos, por lo que dedujo que estaba tendido sobre alguna parte y boca arriba.

Notó su espalda presionada, tenía algo sobre el pecho. Alzó las manos para tocarlo, pero otras manos delgadas, suaves y enérgicas a la vez, apartaron sus manos.

Una voz de mujer, bien timbrada pero imperativa, le ordenó;

—Quieto, no mueva los brazos.

Abrió los ojos súbitamente, como si aquella voz femenina se lo hubiera ordenado con un impulso biológico.

Era alta, espigada, rubia, de rostro alargado y labios atrayentes, un tanto carnosos. En ellos había una firmeza más impuesta que natural, pues la boca tendía a distenderse para mostrar unos dientes perfectos en una sonrisa dulce que la fémina trataba de ocultar.

Vestía la ajustada casaca plateada de sanidad. La prenda no conseguía ocultar el tamaño de sus turgentes y duros pechos. Los tres soles que rodeaban el escudo negro con el símbolo del Cáncer en medio, le daban la graduación correspondiente.

—¿Cómo estoy, capitán?

—Capitán Aralis Magina —puntualizó ella, sin darle importancia, sin mirarlo ni dedicarle una sonrisa mientras lanzaba la escrutadora mirada de sus ojos azul violeta hacia un gráfico que aparecía en una pantalla de control que le iba suministrando datos sobre las condiciones biológicas, físicas y psíquicas de Flack Faraday.

—¿Me encuentro mal o ya estoy apto para la incineración? Con el sistema eutanásico de Cinabrius no puedo albergar muchas esperanzas.

—Su excelencia el mariscal Cinabrius —rectificó la capitán Aralis Magina, mirándole ahora a la cara.

No vacilaba; parecía una mujer fría, como si sus venas estuvieran llenas del eterno hielo plutoniano, jamás licuable.

—Para mí, jamás será eso de excelencia y mariscal.

—Es lógico. Es usted un traidor, Faraday.

—¿También me han quitado el tratamiento? —inquirió, mordaz.

—Los condenados a trabajos forzados quedan degradados, por tanto son iguales a los demás y carentes de graduación.

—Bueno, hay que resignarse y no digo someterse a las reglas,

porque esas reglas no son democráticas.

—Si ha de seguir hablando en esos términos, Faraday, será mejor que se calle. En cuanto a su salud —suavizó ligeramente su tono, Faraday lo captó y entendió que el corazón de aquella bellísima mujer no estaba completamente congelado como los hielos de Plutón— está perfecta, aunque sufrirá algunos dolores en los próximos días y transitoriamente, carecerá de su fuerza habitual. Esperemos que no reincida en rebeldías y no sea castigado de nuevo con el collar de control.

—Yo no le llamaría collar de control, sino dogal de represión.

—Como quiera, pero le aconsejo que haga lo posible para que no le castiguen de nuevo a través de él, quizá no lo resistiera. El castigo que ya ha recibido ha sido muy fuerte. Otro, en su lugar, habría sucumbido. Sus efectos no son permanentes ni acumulativos; sin embargo, tienen una cierta duración de la que se repondrá y más siendo un ejemplar atlético y resistente, con muchas defensas orgánicas y psíquicas.

—Eso es un piropo científico.

En aquella ocasión, la capitán Aralis Magina le flageló con su mirada violeta.

Flack Faraday sonrió levemente, pero comprendió que aquella mujer podía ser capaz de muchas cosas. Si no había nacido con la fiereza que demostraba, debía haber recibido una educación disciplinaria de lo más espartano.

—Puede incorporarse.

Le dio la espalda tras quitarle el pequeño panel circular de electrones que depositara con anterioridad sobre el tórax desnudo del hombre.

A través de aquellos electrodos, la doctora había captado y archivado todas las constantes biológicas de su paciente.

—¿Cree que volverán a aplicarme otro castigo con el dogal para que dure poco tiempo?

—Usted se lo buscó. Quiso asesinar al capitán de los Cascos Rojos para tratar de escapar del edificio de la corte marcial y fue reducido.

—¿Esa es la historia oficial que se ha dado sobre el asunto? ¿Y los dos hombres que fueron asesinados?

—No me gusta hablar de hechos pasados y desagradables. Usted sabe mejor que yo que intentaron huir, y como todavía no tenían los collares de control puestos, se emplearon los subfusiles láser. No digo que sea lo mejor, pero si era inevitable. No es la primera vez que ocurre ni será la última. Muchos son los hombres que tratan de escapar cuando se saben sentenciados a veinte años de trabajos forzados en las minas de Ganímedes.

—Aquellos dos muchachos perdieron la cabeza, sí, pero no fue

por miedo. Sin embargo, sería inútil que le contara nada, no iba a creerme.

—Es que no tengo ni por qué escucharle —replicó cortante, introduciendo una ficha por una abertura como dando resultados.

Para hacerlo, se sentó frente a una aséptica mesa en una butaca anatómica y giratoria.

Flack Faraday saltó de la camilla y notó que las piernas se le doblaban. Tuvo que aferrarse a la camilla para no medir con su cuerpo aquel duro y níveo suelo que le dañaba la vista.

Tuvo la impresión de que la capitán Aralis Magina le observaba con el rabillo del ojo para ver cómo se las arreglaba y de qué era capaz.

Faraday no quiso defraudarla y se mantuvo en pie. Las náuseas aumentaron, sentía profundas arcadas y en su garganta parecía tener una enorme pella de goma de mascar que le impedía respirar libremente. Sin embargo, hizo un esfuerzo para autocontrolarse e inquirió:

—Supongo que sí puedo preguntar adónde he sido trasladado.

—No ha sido trasladado, Faraday, está siendo trasladado —concretó la fémina perteneciente a las fuerzas marciales de Sanidad.

—No me diga que ya estoy en el espacio…

—Está a más de mitad de camino entre la Tierra y Júpiter.

—¡Diablos! ¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

—Bastante, creí que no se recuperaría.

—¿Hallándome inconsciente fui trasladado al hospital marcial central?

—No. Usted ya no es militar, Faraday. ¿Acaso lo ha olvidado? —le preguntó desafiante, haciendo girar su silla para encararse con el hombre que, al verlo de pie frente a ella, le pareció más alto, más atlético y viril, con el torso desnudo cubierto con un ligero vello rubio como el pelo de su cabeza, pues pese a su albinismo estaba lejos de ser un barbilampiño como podía ser lo normal.

—Sí, no me acordaba de que sólo soy un deportado a trabajos forzados extraterrestres.

—Esta es una nave de avituallamiento y transporte de cautivos. Como es lógico, estamos siendo escoltados por dos naves ofensivas de supermaniobrabilidad como protección.

—¿Protección, contra quién? ¿No está todo controlado? ¿No se halla la Tierra, Marte, Mercurio, Venus, Júpiter y los satélites de estos planetas dominados por el poder del tirano Cinabrius?

—Su excelencia el mariscal Cinabrius —corrigió ella de nuevo. Después, añadió—: Son las normas y usted debiera de conocerlas. Se suponía que era el mejor de los astronautas de combate, no entiendo lo que le ha sucedido. Algún día me dedicaré a estudiar su

subconsciente a fondo.

—No me diga. ¿Y va a contar con mi colaboración, acaso?

Ella se encogió de hombros, importándole poco la respuesta del hombre.

—He sido nombrada comandante de Sanidad en Ganímedes y todos los deportados a trabajos forzados en las minas del satélite de Júpiter, en cuanto a Sanidad se refiere, estarán bajo mi control. Incluso si es usted obediente, podría llegar a buscarle algún puesto en la plantilla de limpieza del hospital.

—¿Y eso a cambio de qué?

De pronto, sin saber por qué, la capitán Aralis Magina temió que sus mejillas, levemente bronceadas por las sesiones de radiaciones ultravioleta natural que las lentes de las naves captaban del exterior, enrojecieran. Pudo controlarse y apretó un poco más sus labios.

—En recuerdo a sus memorables hazañas de tiempos pasados. ¿Acaso había imaginado algo más?

—Teniendo delante a una mujer como usted, la verdad es que no. Cualquier computadora biónica podría llegar a sentir más estímulos biológicos que usted.

—Vaya, tiene usted herencia atávica de «brutal» *Anthropus Erectus*, hasta puede que se sienta orgulloso de su tórax amplio, propio del macho *Anthropus*, de su mentón pronunciado y duro, herencia de los luchadores físicos.

—¿Qué quiere que le diga? La verdad es que no me siento orgulloso de lo que soy físicamente, pero tampoco me molesta mi aspecto, todo lo contrario. Estoy muy lejos de ser una máquina biológica, y, por supuesto, mi voto está en contra de la inseminación artificial humana, con el subsiguiente control genético total.

—Con esas ideas, no me extraña que se convirtiera en un rebelde, que traicionara su juramento de obediencia y disciplina.

—Por encima de la disciplina está el sentido de la más elevada conciencia humana.

—Tonterías. Las órdenes, cuando se reciben, deben de ser cumplidas.

—Entonces, si a usted le ordenaran en este momento que cogiera un bisturí y abriera así…

Se acercó a ella, le cogió la mano, y pese a la leve resistencia femenina, la puso contra su pecho velludo para que lo notara.

—Para sacarme el corazón, sólo por ver de qué color lo tengo, ¿usted lo haría? Dígame, ¿lo haría?

—Suélteme la mano, esto es un absurdo. Suélteme o desde control enviarán una descarga a su collar y le va a dañar más de lo que cree.

Él le soltó la mano y, sonriendo sarcástico, dijo:

—No me ha respondido.

—No puedo responderle; me hace una pregunta absurda. Nadie puede ordenar una estupidez semejante.

—Yo he recibido órdenes de las que usted califica de estúpidas.

—Todos sabemos que se puso del lado de unos sublevados, por eso se le juzgó y sentenció.

—El sentenciado soy yo, el que lleva el collar soy yo, pero usted me da pena, capitán Aralis Magina.

—¿Pena? —Alzó su redondeado mentón, molesta—. ¿Por qué? ¿Usted, precisamente, siente pena de mí?

—Sí, porque lleva un collar más denigrante que el mío y metido en su cerebro, atenazándole las ideas, el raciocinio y la conciencia.

Aralis pulsó un botón. De inmediato se abrió una puerta dentro de aquella enfermería carente de ventanas y que recibía aire acondicionado por varias rejillas estratégicamente dispuestas. La gravedad artificial funcionaba en toda la nave que no tenía ni la más ligera vibración, cualquiera hubiera supuesto que se hallaba en una de las dependencias del más sólido de los edificios ubicados en el planeta Tierra.

Los Cascos Rojos, armados con subfusiles, a través de la mirilla protectora de sus respectivos cascos, observaron al condenado y luego a la capitán médico.

Esta, tratando de dar a su voz un tono metálico, les ordenó:

—Llévense al deportado. Puede hacer vida funcional normal. Cada veinticuatro horas kronos deberá de pasar una revisión.

Los dos agentes de vigilancia asintieron levemente con la cabeza. Se cuadraron militarmente y Flack Faraday salió precediéndoles, llevándolos a los flancos, ligeramente retrasados.

Antes de rebasar el dintel de la puerta y que ésta se cerrara automáticamente tras de sí, dirigió una última mirada a la mujer y se preguntó: «¿Votaría ella por la inseminación artificial como propugnaba Cinabrius?»

Después de todo, ¿qué más daba si votaba o no votaba? No había democracia y las votaciones sólo eran una patraña. Cinabrius era el tirano que todo lo decidía y trataba de que sus drásticas decisiones fueran progresivas para reducir al mínimo las sublevaciones de las comunidades afectadas.

CAPÍTULO III

La gran nave de avituallamiento y traslado de cautivos deportados a trabajos forzados extraterrestres, se hallaba muy bien dotada, especialmente en la capacidad de sus bodegas.

Después de descargar los suministros que se precisaban en Ganímedes, cargarían el silicatum-99, elemento sintético conseguido tras la transformación del mineral descubierto en Ganímedes y que se había bautizado con el nombre de silicatumita.

Aquel elemento, utilizado para la obtención de grandes fuentes de energía, resultaba tan poderoso comparado con el uranio, que había dado origen a la Era Atómica, como el uranio lo era con respecto al humilde carbón mineral.

La gran nave poseía su armario propio y estaba reforzada con mandos y controles, triplicada su fiabilidad máxima.

La carga de silicatum-99 era demasiado importante para que por algún fallo pudiera perderse en el espacio o en una simple toma de contacto en alguno de los astródromos a que debía de arribar o despegar.

La toma de contacto de la enorme nave en el astródromo de Ganímedes había resultado tan perfecto como suave.

Ya habían quedado atrás los tiempos en que el ahorro de energía obligaba a que las grandes naves fueran ensambladas lejos del alcance de la gravedad de los astros y que cuando se acercaran a los planetas y satélites naturales, los orbitaran.

La potencia del silicatum-99 daba energía sobrada a los motores con el mínimo volumen. Por ello, una gran nave como aquélla podía descender y ascender en perfecta vertical sobre cualquier astródromo sin temer a la atracción gravitacional de rigor.

Flack Faraday se hallaba en uno de los estrechos y largos camarotes para cautivos deportados.

La nave tenía diez camarotes blindados como aquél, sin mirillas, con una sólida y controlada puerta. En cada camarote viajaban veinte deportados.

Junto a Flack Faraday viajaban el capitán Brandon, el teniente Enmanuel Jourdan y los demás que habían constituido la tripulación de la nave de combate *Widia 7.007*, a excepción de los dos que fueran asesinados al tratar de defender a Flack Faraday cuando éste era torturado por el vengativo Telus Kastle.

El camarote de deportados, además de Faraday y sus compañeros, lo habían completado dos sujetos que no habían pertenecido al ejército astronáutico.

Uno era indonésico y se llamaba Taiw; el otro, itálico, decía

llamarse Ragio. Este último hablaba mucho y le gustaba provocar broncas. Eran; muy distintos entre sí y a Flack Faraday no le simpatizaba ninguno de los dos.

El astropuerto de Ganímedes estaba bien iluminado artificialmente. La energía no faltaba allí. La atmósfera del satélite natural de Júpiter había sido corregida artificialmente hasta hacerla habitable para el ser humano y antes de descender de la nave les fueron proporcionadas botas correctoras de niveles de gravedad; sin embargo, cualquier peso que tuvieran que mover resultaría muchísimo más liviano que si el mismo peso fuera movido en la Tierra. Aquello era una ventaja para trabajar en las minas de Ganímedes.

—¡Deportados, arriba! Aquí no os va a hacer falta nada, ningún efecto personal —dijo Telus Kastle, que los había conducido en persona hasta el satélite.

Todos los deportados se hallaban reunidos en un hangar dentro de la gran nave, hangar que se utilizaba para pequeñas naves de emergencia, ahora ausentes, por lo que Faraday supuso que ya debían de haber desembarcado.

Quizá no había doscientos condenados, pero poco faltaba para completar la cifra.

—Os conviene portaros bien —prosiguió Telus Kastle—. Hay rebajas de penas como ya se os habrá comunicado, pero los que tengan largas condenas y se empeñen en crear problemas, que no sueñen con salir vivos jamás de Ganímedes. De aquí no hay forma de escapar, no se puede salir del satélite si no es a través de este astropuerto. El comandante en jefe de la colonia minera para deportados os dirá palabras semejantes a las mías. Cualquier manifestación será reprimida drásticamente y será inútil que sean tomados rehenes. No se hará canje alguno. Cualquier celador o miembro de control que fuera capturado, no podría ser utilizado para conminación alguna, pues se prescindirá de él inmediatamente. Por supuesto, el que atente contra la vida de algún celador o miembro de control de la colonia de deportados de Ganímedes, tendrá un final desagradable, muy desagradable…

Hizo una pausa y su mirada se encontró con la de Flack Faraday, cuyos ojos sobresalían por encima de la cabeza de Ragio, que era más bajo que él y se hallaba delante, en la formación en que se encontraban los que iban a ser desembarcados en Ganímedes.

—Aquí no hay cementerios, nada queda del que desaparece, es decir, sí, una ficha que termina con un «fallecido» y se archiva. Desde aquí no hay forma de llamar la atención de nadie para obtener ventaja alguna. Aquí no acuden los periodistas, no viene nadie más aparte de los miembros de control de la colonia, los celadores de rigor y los Cascos Rojos. No hay visitas, no hay correo. La única forma de volver

a sentiros vivos es saliendo de Ganímedes y el único medio para conseguirlo es someterse a la más rigurosa disciplina, no hacer la más mínima falta y esperar a que el Comité de Misericordia se digne rebajar penas. No hay otra forma, metéroslo en la cabeza y viviréis mejor, mucho mejor. Por supuesto, en todo momento estaréis controlados por los collares de control. A través de ellos recibiréis también represiones inmediatas. Algunos ya las conocéis y los que aún no las habéis probado, será mejor que continuéis así para vuestro bien. Ahora, quiero un viva muy fuerte para su excelencia, el mariscal Cinabrius. ¡Viva su existencia el mariscal Cinabrius!

Hubo algún titubeo para iniciar el viva que pronto se ahogó ante el silencio general.

El capitán de los Cascos Rojos empequeñeció sus pupilas para mirarlos a todos amenazador, pero, de pronto, las alzó hacia una cristalera que quedaba a su derecha y en alto.

Flack Faraday desvió sus ojos en la misma dirección, y aunque no muy claramente por las diferencias de luz, creyó ver al general Chaen Otse, lo que le pareció muy raro.

No era frecuente que realizara un desplazamiento de tal magnitud; sin embargo, ahora se hallaba en Ganímedes, no cabía duda.

El general Chaen Otse hizo un gesto negativo con la mano y el capitán de los Cascos Rojos, Telus Kastle, suspiró lentamente, como si precisara expulsar todo el aire del interior de sus pulmones antes de volver a hablar.

—No quiero que vuestra llegada a Ganímedes coincida con el primer castigo por desobediencia. Negaros a lanzar el viva a su excelencia el mariscal Cinabrius os podía costar a todos dos puntos de castigo a través de los collares de control y la primera anotación en vuestras fichas personales. Es mejor que no olvidéis lo que significa eso para el Comité de Misericordia.

Faraday advirtió que Telus Kastle estaba molesto. Le hubiera gustado aplicar el castigo comunitario, pero una orden superior se lo había impedido.

Poco después, salían en fila de a dos por la rampa del hangar.

Las potentes luces foto-nucleares que iluminaban el astródromo impedían ver bien el cielo negro aterciopelado. En cambio, sí podían observar al gran Júpiter iluminado por el Sol en algo más de su mitad, formando una gigantesca media luna.

Hacía calor, mucho calor.

Inmediatamente, todos notaron en sus cuerpos un sudor pegajoso. Para aclimatar la atmósfera a la vida humana habían tenido que deshelar artificialmente las vastas extensiones de hielo carbónico que se había evaporado, apareciendo luego en el fondo de enormes

cráteres profundísimos lagos de agua también deshelada.

Todo aquel sistema había causado una gran humedad ambiental que, unida al calor provocado por las grandes factorías de transformación del mineral de silicatumita, hacían que el sudor fuera copioso, como pudiera serlo en las zonas ecuatoriales del planeta Tierra.

No había filtros para aquella humedad, pues así costaba menos mantener la temperatura y el propio vapor de agua actuaba como filtro para las radiaciones exteriores.

El suelo, fuera de las pistas del astródromo, era de color claro, en algunos lugares escamoso, como si tuviera brillante mica.

En otros puntos tenía vetas de metal puro como plata e incluso oro que no era explotado más que en una pequeña parte para obtener objetos y manufacturas inalterables a los agentes atmosféricos.

No había ningún afán de lucro en su explotación, aunque se sabía que varios deportados, durante años, habían estado arrancando oro de las vetas y escondiéndolo por si algún día podían llevárselo consigo. Quizá era una herencia atávica de codicia hacia el oro, como la urraca que toma el objeto brillante y lo lleva a su nido, aunque luego no le sirve para nada, pues nadie, absolutamente ninguno de los deportados, había conseguido sacar una onza de oro de Ganímedes, donde lo importante era extraer la silicatumita, y de ella, el silicatum-99.

Por un amplio túnel se introdujeron en el subsuelo.

Ganímedes tenía extensas galerías excavadas al principio de la colonización del satélite, cuando la atmósfera todavía no había sido adaptada a la respiración del ser humano terrestre. Luego, fueron distribuidos en celdas de a tres, tan asépticas y blancas que casi dañaban a la vista.

Flack Faraday supo desde aquel momento que tenía que compartir su celda con el teniente Enmanuel Jourdan y Ragio. En la celda contigua estaban el capitán Brandon, el cabo Almansa y el indonésico Taiw.

—*¡Porca vida la mía*! ¿Para esto la *mía mamma* me trajo al mundo? Yo no pienso romperme la espalda laborando en las minas. Si tengo que morirme aquí, será con los riñones enteros.

Faraday se tendió en su anatómico, funcional y aséptico catre que salía en horizontal de la pared, quedando a la vista lo que pudiera haber debajo del mismo, ya que carecía de patas y también de cadenas de sostén.

—Será mejor que no hables tanto en voz alta. Pueden estar oyéndote y vas a pasarlo mal si te clasifican como poco productivo —le replicó.

—Si yo no me cuido, ¿quién me va a cuidar? *¡Porca vida, io sono un omo de onore!* —repetía aquel itálico que no se había acostumbrado

totalmente al idioma mundial y utilizaba preferentemente su lengua materna.

Todas las lenguas maternas de la Tierra estaban permitidas para ser empleadas a nivel amigable y familiar.

Cuatro horas más tarde, estaban clasificados, totalmente controlados y distribuidos para los trabajos a llevar a cabo.

Seis horas más tarde se abrieron las celdas y se les comunicó que debían de prepararse para iniciar las labores que se les habían asignado en los tumos correspondientes.

Allí, los trabajos no se paralizaban nunca y para que esto sucediera, todos los turnos de condenados se hallaban perfectamente controlados por computadoras que preveían incluso las posibles bajas por enfermedad o fallecimiento.

Faraday tuvo que subir a un vehículo hovercraft accionado con pila atómica. Otros nueve hombres subieron con él al vehículo descubierto. Luego, estaba el conductor, que era un condenado más veterano y que debía de tener una ficha con muy buen comportamiento, de lo contrario no le habrían dado aquel puesto.

También subió un Casco Rojo armado. Mascaba un chicle especial que se entregaba a los Cascos Rojos y que favorecía su circulación sanguínea, manteniendo más despiertos sus reflejos. En ellos había algo de droga, controlada para no producir hábito.

Aquella clase de chicles sólo estaban permitidos a los Cascos Rojos; sin embargo, se hurtaban o se vendían a cambio de favores, pues era la máxima golosina que se podía hallar en Ganímedes. Allí no había una sola gota de bebida alcohólica ni cigarrillos para fumar.

El vehículo se introdujo por un ancho túnel, iluminándolo con su potente foco. Tras aquel hovercraft siguieron otros cargados con condenados.

No tardaron en intuir los recién llegados que se les destinaba a los trabajos peores, a los más duros y desagradables.

Durante un tiempo difícil de calcular, circularon por el túnel y luego emergieron a la superficie de Ganímedes.

Bordearon un gran cráter en cuyo fondo había un lago de aguas abisales que se veían negras y siniestras. Tres millas más lejos había otro cráter más profundo y de paredes menos verticales. En su centro se levantaba un gran monolito de casi seiscientos pies de altura, un monolito natural que semejaba apuntar al cielo.

En el fondo de aquel cráter estaba la mina 14, para la obtención de silicatumita a cielo abierto.

El suelo era de un color verde metalizado y recordaba un poco a una gigantesca esmeralda que los hombres se encargaban de romper a pedacitos.

Allí, como en otros puntos de Ganímedes, había un espléndido

depósito de silicatumita que en vehículos de carga era llevada a la factoría de transformación.

Los vehículos hovercraft descendieron por la pendiente hasta llegar al puesto de control donde había dos Cascos Rojos y dos vigilantes normales.

Tocaron una sirena y los condenados que allí estaban dejaron de trabajar, mas no se movieron de sus puestos. Debían de esperar a la segunda sirena, y ésta no sonaba hasta que quienes habían de relevarlos se hallaban situados al lado de cada cual, respectivamente.

—Hay poca vigilancia —opinó Ragio,

—La suficiente —repuso Faraday.

—Callaos —ordenó el Casco Rojo de su vehículo.

Pronto se encontró Flack Faraday al lado de un negro hercúleo que empapado en sudor y con una sonrisa de sarcasmo, le dijo:

—No tardarás en tener agujetas, amigo.

Y le pasó el martillo neumático con el que debía de triturar el material para poder ser extraído.

—¿Es duro?

—Ya te darás cuenta de si lo es.

—¿Y por qué no emplean explosivos?

—Los explosivos estropean el material, lo hacen inútil para la transformación, ya que entra en reacción. Además, podría abrirse una grieta en las paredes del cráter y nos inundaría el gran lago que hay en el cráter vecino. No queda otro remedio que usar el martillo neumático como en el siglo veinte. Así estamos de arcaicos aquí, compañero, para eso somos condenados.

De pronto, el hercúleo negro se tambaleó. Se llevó las manos al cuello y Flack Faraday pudo ver el dolor en su rostro, aquel dolor que en anterior ocasión él había sentido en su propia carne.

El castigo cesó y se escuchó una voz que llegó a través de un microdictáfono y que sonaba en cualquier punto a diez millas a la redonda.

—¡Cassius, sabes que está prohibido hablar!

Faraday se percató de que, aunque eran pocos, los vigilantes y los Cascos Rojos controlaban bien la zona.

Sonó la segunda sirena y los relevados se alejaron hacia los vehículos para ser trasladados a sus celdas.

Los que acababan de llegar comenzaron su trabajo cuando tan sólo habían pasado unas diez horas desde su arribada a Ganímedes.

El material a extraer era durísimo y producía un polvillo que irritaba los ojos y los pulmones; sin embargo, trabajaban sin protección alguna.

Al mismo tiempo, se formaba un minúsculo polvo de cristal de silicatumita que, de no tener cuidado, irritaba la piel si se cometía la

imprudencia de frotarse con la mano la zona afectada.

El trabajo resultó agotador.

Ragio, no muy lejos de Faraday, despotricaba y maldecía, cegándose con el sudor que resbalaba por sus cejas.

De pronto, sin que nadie dijera nada, todos los condenados miraron hacia una de las laderas del cráter. Uno de los presos corría por ella tratando de escapar.

Luego, observaron a los vigilantes ordinarios y a los Cascos Rojos y vieron que éstos reían,

Ragio, en tono bajo, preguntó cerca de Faraday:

—¿Por qué no lo persiguen? ¿Lo atraparán con el dogal de represión?

—Me temo que lo dejan escapar ex profeso para que luego lo veamos regresar arrastrándose.

—¿Regresar después de huir?

—Sí, y luego le darán el castigo que quieran. Lo malo para él es que fuera de aquí no va a encontrar nada que le ayude a sobrevivir. No hay comida, cobijo ni nadie a quien contarle su escapada. Si no se suicida por ahí contra alguna roca o se despeña por algún cráter, volverá. No hay posibilidad de escapar de aquí con éxito, por eso hay pocos vigilantes. Es más fácil escapar de una isla de la Tierra rodeada de tiburones que de aquí. Estamos suspendidos en el espacio, orbitando Júpiter.

Y siguió martilleando el mineral para arrancarlo del suelo de Ganímedes.

CAPÍTULO IV

Dentro de las celdas, algunos comenzaron a lamentarse de la dureza del trabajo.

Aquellos martillos, autosuficientes, ya que estaban alimentados por pilas atómicas individuales, eran pesados aun en la baja gravedad de Ganimedes.

Por si fuera poco, el constante movimiento descoyuntaba todos los huesos del cuerpo y dejaba los músculos quebrantados, llenos de dolorosas agujetas.

—¡Flack Faraday, salga de su celda! —ordenó una voz impersonal.

Se abrió la puerta de la celda y Faraday dio una mirada a sus compañeros. Ragio le dijo:

—Por la *Madonna*, que puedes tener suerte y obtener un puesto *maggiore*.

Faraday no respondió. Estando Telus Kastle en Ganímedes, pues sabía que la gran nave de carga no se había alejado aún y las de escolta seguían orbitando el satélite, pocos beneficios podía esperar en su situación.

Tenía pensado formar un comité de fuga si así lo aceptaban por votación quienes habían compuesto la tripulación de la *Widia 7.007*, y que consideraban aquella sentencia como injusta, arbitraria y tiránica.

Entre todos pensarían la forma de escapar y si no lo conseguían, porque teóricamente era imposible, sabotearían las instalaciones, pasara lo que pasase. No se resignarían, Faraday tenía aquella idea fija en su mente, no se resignarían.

—¡Camina! —ordenó un vigilante que se le había acercado.

La puerta de la celda se cerró automáticamente.

Le llevaron por un corredor hasta una antesala en la que se podía leer: «Sanidad.»

—Me encuentro bien —dijo al vigilante.

—Entra en la ducha, desnúdate y dúchate bien. Vas a pasar por inspección.

Faraday se resignó. Después de todo, una ducha no le iría mal, pero no era fría como él hubiera deseado, sino que casi quemaba. El agua contenía elementos detergentes y aseptizantes.

Había metido su ropa numerada en una especie de boca que había en la pared, y donde un rótulo indicaba que allí debía de introducirse la ropa.

Cuando el agua de la ducha cesó automáticamente, sin que él interviniera para nada, un chorro de aire caliente y un haz de luz ultravioleta lo secaron y dejaron limpio, con una asepsia tan estricta

que molestaba y humillaba.

Cuando metió la mano en el hueco, buscando su ropa, ésta ya no estaba.

Miró a un lado y a otro, sólo paredes blancas le rodeaban. Salió a un pequeño corredor. Las luces se apagaron y quedó radiografiado. Luego se encendieron las luces de nuevo y descubrió unos pantalones que se calzó.

Después, salió por la puerta donde el vigilante, con aire aburrido y a la vez malhumorado, le esperaba.

—Camina. La doctora te aguarda.

Había varios doctores y ayudantes adscritos al departamento de Sanidad, pero por Flack Faraday se interesó la propia doctora capitán Aralis Magina.

Vestía su casaca plateada. Los pantalones que utilizara a bordo de la nave ya no los llevaba, y debía de usar simplemente panties, pues por debajo de la casaca sólo se veían sus hermosas y bien torneadas piernas.

—¿Qué está mirando? —le preguntó, tratando de ser áspera y cortante.

—No está nada mal de piernas, Aralis. ¿Qué piensa, que sólo deben de servir para caminar?

De una forma fugaz, con sus ojos azul violeta, Aralis Magina miró a un lado y a otro, deseando que ninguno de sus subordinados en el departamento de Sanidad hubiera escuchado aquellas palabras.

—No me equivoqué al clasificarle como a un atávico brutal.

—Sí, un *Anthropus Erectus* poco evolucionado —admitió él, con algo de cinismo.

—Es paradójico que su ficha indique que posee un altísimo coeficiente de inteligencia.

—Seré la excepción que confirma la regla.

—Esperemos que no haya muchas excepciones.

—¿Para qué, para que piernas como las suyas...?

—No siga y pase a la sala contigua —ordenó seca, antes de oír algo que pudiera considerar más que atrevido.

Flack Faraday, con el torso desnudo y los pies descalzos, sintiéndose ágil debido a la diferencia de gravedad, previamente observado a través de los rayos X, sin posibilidad de llevar encima nada que pudiera ser utilizado como arma y con aquel maldito collar de represión cerrado en tomo a su cuello de forma excesivamente ajustada por propia mano del capitán Kastle, observó una camilla que se hallaba bajo un foco y una serie de sensores que captaban a distancia datos facultativos.

—Tiéndase en la camilla —le pidió la mujer.

—Es muy estrecha.

—¿Estrecha? No me diga que se considera excesivamente ancho para no caber en ella.

—No, es que no pensaba en mí solo.

—Faraday, será mejor que se deje de bromas estúpidas.

—¿Bromas estúpidas? Entonces, ¿por qué me ha hecho venir y de esta guisa? ¿Acaso no quería volver a verme?

—¿Qué dice?

—Vamos, Aralis...

—Capitán Magina —corrigió ella, manteniéndose a cierta distancia del hombre, como si temiera que le saltara encima como si se tratara de un tigre.

—Querías volver a verme, no lo niegues. Te dices a ti misma que no debe de ser así, que lo que te han enseñado es lo correcto, pero algo dentro de ese hermoso pecho hace vacilar lo que cree tu razón. Algo que te pide volver a verme.

—Sólo quiero controlar su salud, es mi obligación —puntualizo ella, haciendo rechinar sus dientes.

—¿De veras es sólo eso?

—Le recuerdo que puedo dar parte de su conducta y sufrirá el castigo correspondiente.

—¿Qué pueden hacerme más, aparte de retenerme veinte años aquí, donde el trabajo es inhumano lo mismo que las condiciones de vida? Estoy aquí por represión, porque en un momento dado abrí los ojos y descubrí que Cinabrius sólo era un tirano absolutista que oprimía a la humanidad, abusando de ella en su propio beneficio.

—¡No quiero oír nada más, tiéndase en la camilla! —exigió.

—Me limité a no obedecer una orden de exterminio contra gentes inocentes, desarmadas y sometidas a un trato inhumano, unos neoesclavos. No obedecí una orden de exterminio que me parecía un vil asesinato en masa. Había mujeres y niños también para ser aniquilados en la represalia que debía de llevar a cabo.

—No puedo creerlo y no debo escucharle. Es un traidor condenado. Tiéndase o me veré obligada a pedir ayuda.

—Sí, ¿por qué no? Voy a tenderme, un descanso nunca va mal.

Obedeció estirándose sobre la camilla bajo los sensores, mas no dejó de hablar.

—Mi tripulación y yo fuimos los primeros en no cumplir una orden tiránica. Puede ser que jamás salgamos vivos de Ganímedes, pero alguien acabará con Cinabrius o la humanidad habrá entrado en la más negra de las tiranías a lo largo de toda su historia. Cinabrius *kaputt* es una frase que terminará siendo un grito de guerra.

—Los traidores caerán, todo está controlado.

—Todo menos las excepciones. —Sonrió—. Me temo, para bien de la humanidad, que no soy el único atávico brutal, *Anthropus Erectus*

o como quieras llamarme.

Estiró su mano y la cogió por el cabello. Dobló el cuello de la mujer, inclinándola sobre sí y volcando el pecho femenino contra su tórax fuerte y velludo.

Aralis quiso lanzar una llamada de alarma, podía haberlo hecho llevando su mano al cinturón, pero la vacilación hizo que ya fuera tarde, pues él le cogió una mano y se la sujetó al tiempo que la besaba en los labios.

Aralis trató de resistirse, pero al fin quedó pasiva y aguantó el largo beso. Cuando el hombre la soltó, ella estaba roja. Le miró con ira y con algo más que ni ella misma supo definir.

—¡Se acordará de esto!

Su hermoso busto jadeaba.

—Vamos, castígame con ese dogal que me han puesto igual que a un perro. ¿A qué esperas?

Aralis se llevó la mano al cinturón. Allí tenía una especie de cartuchera de señales. Pulsó una tecla y Faraday sintió el aguijonazo terrible en su cerviz. Luego, le recorrió el espinazo.

Aralis Magina le vio aguantar, sin dejarse sacudir por los electrones.

Resistía sin gritar ni humillarse a suplicar piedad. No se rendía. Bruscamente, cerró los ojos y torció la cabeza.

La capitán Magina dejó de manipular la cartuchera de control a través de la cual enviaba señales a la computadora de castigo y ésta, a su vez, al dogal de represión.

Al verle quieto, sin respirar, se precipitó sobre su tórax, aplicándole el oído directamente para buscar el sonido del corazón masculino. Estaba asustada, temiendo haberlo matado.

De pronto, además del golpear rítmico del corazón de Flack Faraday, notó que la mano de éste se había alzado por detrás de su espalda y le acariciaba el cabello, sedoso y abundante, al tiempo que con los ojos cerrados susurraba:

—Han congelado tu corazón, pero aún se puede derretir. No estás perdida todavía.

Ella se apartó de él como sintiéndose engañada y dándole la espalda, se dirigió a un panel de mandos. Puso en marcha los sensores para averiguar las constantes físicas y biológicas de Flack Faraday.

CAPÍTULO V

Se les había asustado. No tardaron en percatarse de que la vigilancia era más relajada de lo que creyeran en principio.

La zona más rigurosamente controlada y donde la represión se ejercía con mayor dureza era dentro de las instalaciones de hábitats y servicios.

El astródromo tenía primacía sobre todo, pues era el único punto por donde se podía escapar de Ganímedes, suspendido en el éter, orbitando al gran planeta Júpiter.

Luego estaban las fuentes de generación de energía, soterradas. Sin embargo, en los campos de trabajo, la vigilancia estaba más relajada. Lo que hacían los vigilantes y Cascos Rojos era protegerse más a sí mismos que otra cosa, pues conocían bien la norma de que no se aceptaría ninguna presión basada en la captura de un vigilante, Casco Rojo o demás personal de control.

Por ello, si alguien escapaba, podían optar por enviarle un castigo si lo descubrían o dejarle escapar. Ya regresaría; Ganímedes era yermo, inhabitable. Incluso muchas de las aguas de los lagos estaban envenenadas debido a los minerales que se hallaban en su fondo y que se disolvían progresivamente.

Escapar era un suicidio y los vigilantes lo sabían. Incluso para ellos era una diversión ver a alguien tratando de huir.

Cuando regresaba solicitando comida, su situación era, además de humillante, harto lamentable por los castigos que se le inferían.

Estaban bañados ahora por la luz solar y no veían al padre Júpiter que se hallaba en la cara opuesta de Ganímedes.

Estaba Flack Faraday trabajando con el martillo cuando en lo alto de la pendiente descubrió a uno de los deportados. Era fácil distinguirle por el pantalón y la camisola anaranjada que todos llevaban para poder ser vistos de lejos.

Los demás condenados seguían trabajando.

Sin detener su máquina, sintiendo el traqueteo en sus brazos, moviéndose todo su cuerpo al ritmo de aquella máquina infernal que convertía en pedazos el mineral para ser llevado luego a los vehículos de carga, Faraday miró al que llegaba.

Aquel hombre estaba barbado. Aquello no era normal, pues se les obligaba a ir rasurados. Se sudaba mucho, pero la higiene era rigurosa.

Pronto comprendió Faraday que aquel condenado era el que había huido del cráter cuando ellos llegaran por primera vez a la mina 14.

El hombre comenzó a bajar por la pendiente.

Se le notaba débil, agotado. Vaciló y rodó por la rampa. El guardián y el Casco Rojo le vieron, mas no tenían prisa.

Como era Faraday quien estaba más cerca, soltó el martillo neumonuclear y fue en su ayuda.

—Tengo hambre, sed... Es horrible, horrible.

—Será mejor que no hagas más tonterías, compañero, o lo vas a pasar peor.

—Es horrible, causa pavor...

—Sí, ya imagino que la soledad, la esterilidad de la superficie de Ganímedes, es muy desagradable.

—No, me refiero al monstruo. El monstruo es horrible.

—¿Monstruo, qué monstruo?

—El de los ojos... Horrible, quería devorarme.

Aquel hombre tenía fiebre, aparte de que su cuerpo flaco, de piel pegada a los huesos, estaba sudado.

—¡Faraday, deje a ese hombre! —le ordenaron por el micromegáfono desde el puesto de vigilancia a través del cual les estaban observando.

—¡Está muy mal! —replicó Faraday a gritos para que le oyeran.

—Déjelo y vuelva a su trabajo.

—¡Hay que ayudarle! —insistió Faraday.

Flack Faraday comprobó desagradablemente que después de las palabras venían las acciones y sintió en su cerviz aquel condenado aguijonazo electrónico que tanto le dañaba.

Odiaba aquel dogal de acero que le pusiera Telus Kastle como no había odiado nada en su vida. A la vez que constituía la peor humillación que le habían inferido jamás, sus efectos de represión resultaban insoportables.

Conteniendo cuanto pudo el dolor, dijo al hombre que yacía a sus pies:

—Lo siento, compañero, tendrás que arreglártelas solo.

Todos seguían trabajando mientras observaban al hombre que había intentado escapar y regresaba derrotado, herido, lleno de rasguños y moretones, con los labios resecos y el estómago pegado por falta de comida.

Iba arrastrándose por entre los demás condenados que producían un ruido ensordecedor con sus martillos neumonucleares.

El vigilante y el Casco Rojo le dejaban avanzar para que todos vieran lo que le sucedía a quien intentaba huir. El ejemplo de su imposibilidad de fuga no podía ser más completo y patético a la vez.

Al arrastrarse, levantarse y volver a caer dentro de su extenuación y miedo, el condenado se rozaba con partículas de aquel mineral tan bello por su color como duro y traidor, pues el polvo se metía entre las células de su piel y le producía grandes escozores. Era como restregar

la parte más fina de la piel de los muslos de una persona con una mezcla de delgadas púas de cactus y hojas de ortiga.

El hombre aullaba y sollozaba; suplicaba y clamaba algo que no se entendía, pero no pudieron ayudarle y así llegó hasta el puesto de control.

Allí, el Casco Rojo le pegó una patada en la cara con su dura bota.

El hombre dejó de sollozar y tardó unos segundos en levantarse mientras el Casco Rojo, sarcástico, le vaticinaba:

—Ya verás lo que te espera por tratar de fugarte.

—He visto al monstruo. Tenía dos ojos grandes...

El vigilante tenía el micromegáfono abierto y aquellas patéticas palabras resonaron por toda la mina ubicada en aquel cráter.

—Estúpido, deliras. Eso es el hambre, el miedo, el desierto. ¿Qué agua has bebido? ¡Contesta!

El hombre se incorporó. Nadie se había dado cuenta, pero su mano había cogido un pedazo de silicatumita, un trozo de aristas cortantes arrancado por uno de los martillos.

Con el resto de fuerzas que le quedaban, lo descargó contra el rostro del Casco Rojo.

Le dio en el protector de los ojos, astillándolo, y le hirió en la boca, saltándole dos dientes con aquella arma de tipo prehistórico, un arma lítica como hubiera podido emplear el antiguo hombre en las cavernas en el planeta Tierra.

El vigilante, al ver caer al Casco Rojo, cogió por la espalda al condenado para sujetarle y un pedazo de mineral salió volando de entre los condenados, golpeándole en la nuca.

La cerviz del vigilante quedó partida con aquella especie de certera pedrada.

Flack Faraday fue uno de los pocos que pudo darse cuenta de quién la había lanzado. Había sido el silencioso indonésico Taiw.

El condenado, enloquecido, tomó a arremeter con el pedazo de mineral que tenía en su mano contra el Casco Rojo, golpeándole el rostro al tiempo que éste disparaba su láser.

Se escuchó un grito.

El condenado que había regresado tras la frustrada evasión, quedó carbonizado junto al Casco Rojo, herido y sangrante, todavía con el arma en la mano.

Hubo un momento crucial entre los condenados.

Todos miraron hacia lo alto del gigantesco cráter que constituía los límites de la mina de aquel rico depósito de mineral. La fuga era inútil, absurda. No había adónde ir ni tratar de llegar corriendo, pues acercarse al astródromo era un suicidio. Serían barridos por los Cascos Rojos y por el propio armamento de la nave. Además, el campo del

astródromo estaba fuertemente cercado por detectores y barreras magnéticas.

El Casco Rojo seguía sangrando, pero el subfusil láser estaba en su mano y mantenía el dedo sobre el gatillo, a punto de jalarlo.

Los condenados siguieron trabajando, martilleando el mineral, arrancándolo de las entrañas de Ganímedes, como si nada ocurriera.

—¡Socorro! —suplicó el Casco Rojo.

Todos esperaban que se muriera junto al cadáver del condenado que aparecía carbonizado y cerca también del cuerpo del vigilante que tenía la nuca rota, alcanzada por la pedrada.

Flack Faraday tuvo una idea. Sabía que aquella idea podía traerle muchos problemas, que se le consideraría doblemente traidor, pero decidió ponerla en práctica.

Soltó su martillo neumonuclear tras detenerlo y anduvo hacia el Casco Rojo.

Todos le observaban con atención; no sabían qué iba a ocurrir.

Muchos esperaban que Flack Faraday, que había sido castigado a través del dogal de represión, se vengara del Casco Rojo y terminara rematándolo. Nadie se atrevería después a señalarle; ser chivato equivalía a la muerte en un lugar de trabajos forzados extraterrestres como aquél.

El Casco Rojo tenía la boca partida, un ojo reventado y mal podía ver con él, ya que su visor estaba astillado. Sin embargo, veía un bulto humano delante de él y le apuntó con su subfusil, dispuesto a exterminarlo.

Faraday le habló serenamente.

—Si jalas tu arma, ya nadie te sacará de aquí.

—¿Quieres asesinarme? —balbució como pudo con palabras apenas inteligibles que brotaban por su boca sangrante.

Tuvo que escupir uno de sus dientes para mejor articular las palabras, aunque no pudo impedir tragar unos sorbos de su propia sangre.

—No, si dejas a un lado el subfusil.

—¿Qué garantías tengo de que vas a sacarme de aquí?

—Si te interesa, deja el arma a un lado. Si no te interesa, vuelvo a mi trabajo. Después de todo, cuando los compañeros vean que te salvo van a querer lapidarme.

El Casco Rojo abandonó su arma. Flack Faraday se inclinó para cogerla, se la puso en bandolera y después se cargó al herido sobre el hombro, dirigiéndose hacia el único vehículo hovercraft que allí había.

Los demás vehículos trasladaban a los condenados y luego regresaban a la colonia con los que cesaban su turno, de modo que allí sólo quedaba un vehículo.

Todos los martillos cesaron de funcionar y Faraday comenzó a escuchar un abucheo general. Se daba cuenta de que los presos se ponían en su contra, le consideraban un traidor, pero continuó adelante.

Instaló al Casco Rojo herido dentro de! vehículo y comenzaron a llover las primeras piedras sobre él, mas estaba bastante distanciado de sus compañeros y sólo le alcanzó alguna piedra en la espalda, sin fuerza.

Puso en marcha el hovercraft, de conducción muy simple para él, uno de los pilotos más expertos y hábiles que había tenido el ejército de astronautas, y salió de la zona minera con el Casco Rojo que perdió el sentido.

A poco de abandonar el cráter, sin posibilidad de que le siguieran, se desvió de la ruta ligeramente y arrojó el subfusil láser tras unas rocas.

Después, prosiguió viaje de regreso. Llegó hasta el túnel y se introdujo en él. Encendió el potente foco y cruzó varías encrucijadas de túneles hasta llegar a la amplia estación de embarque.

Nada más detener el vehículo, se vio rodeado por una docena de Cascos Rojos.

Entre los hombres armados se abrió paso otro más recio y alto. Era el propio capitán Telus Kastle en persona, que se encaró con Faraday, preguntándole:

—¿Tú lo has dejado como está?

—No. Está inconsciente, pero cuando despierte, si es que lo hace, os contará todo.

—¿Y qué es todo?

—Es fácil de explicar. Uno que se había fugado con anterioridad ha regresado. Ha matado al vigilante y ha herido a vuestro compañero, pero éste ha tenido tiempo de matarle. En el cráter del yacimiento minero encontraréis los cadáveres y como testigos tenéis a todos los condenados que allí están. Creo que he sido un estúpido trayéndolo hasta aquí, debí dejarle hasta que reventara. Los demás han tratado de lapidarme por ayudarle. En fin, en esta vida siempre se cometen tonterías que luego ya no tienen remedio.

—Si eres un estúpido o no, ya se verá. ¡Lleváoslo! —ordenó Telus Kastle, tajante.

Faraday se encogió de hombros. Entre cuatro se llevaron al herido, y entre dos al propio Faraday, mientras sonaban sirenas y salían varios vehículos repletos de Cascos Rojos y otro de vigilantes ordinarios.

Poco más tarde, Flack Faraday se encontraba aislado en una angosta celda, pero tenía esperanzas de que aquello no fuera una especie de pozo de castigo del que no le permitieran salir en meses.

Sin embargo, allí dentro le habían dejado, sin darle opción a más explicaciones.

CAPÍTULO VI

Se vio frente a la puerta del despacho del comandante en jefe de la colonia de condenados. Esta se abrió y los dos Cascos Rojos que le daban escolta lo empujaron levemente hacia delante.

En el interior del despacho había una gran mesa y varias butacas. Se había reunido bastante gente, al parecer.

«Los capitostes —se dijo para sí—. ¿Tendré suerte?»

Tras la mesa escritorio estaba el comandante en jefe. En una butaca se hallaba Chaen Otse en persona, por lo que dedujo que la gran nave que debía de cargar el silicatum-99 aún no había partido de Ganímedes.

También sentada estaba la doctora Aralis Magina. El capitán Telus Kastle permanecía en pie.

—Flack Faraday, ¿es usted? —inquirió el comandante en jefe mientras los demás guardaban silencio,

—Sí.

—Sí, señor —corrigió Telus Kastle a su lado, dispuesto a humillarle cuanto pudiera.

El comandante en jefe prosiguió:

—Tenemos todo el informe de su buen comportamiento respecto a lo sucedido en el yacimiento catorce. Arriesgó su vida para salvar la de un Casco Rojo. Desgraciadamente, aunque vive, el oficial de los Cascos Rojos ha quedado disminuido en varios sentidos y será regresado a la Tierra para pasar a la clase pasiva, pero éstos no son detalles que a usted le interesen. De todos modos, se ha ganado usted una recompensa por su acción.

—No esperaba obtenerla, señor —repuso Faraday—. Mi intención era sólo salvar una vida.

Chaen Otse habló a continuación con su voz suave, meliflua.

—Los aires de Ganímedes parecen aplacarle, Faraday.

Si sigue con ese tipo de comportamiento puede que el Comité de Misericordia vaya rebajando su pena.

—Lo que ha hecho quedará anotado en su ficha de deportado. No obstante, en principio, lo sacaremos del yacimiento catorce y lo trasladaremos a otro puesto digamos más suave.

—Puede estar en la factoría de transformación —sugirió Telus Kastle.

—En la factoría de transformación hay radiaciones peligrosas —objetó la capitán Aralis Magina, interviniendo espontáneamente.

—Opino que es un hombre peligroso y hay que tener cuidado con él —masculló Telus Kastle—. Pese a lo que ha hecho, no debemos fiarnos.

Chaen Otse rio por lo bajo y opinó después:

—Parece que le tiene ojeriza, capitán Kastle.

—General, conozco su peligrosidad. Es un sujeto del que no hay que fiarse.

—¿Y qué podría hacer aquí? —preguntó Chaen Otse, mirando al comandante en jefe de la colonia de deportados.

—Bueno, se pueden sabotear instalaciones.

—Pues la mejor manera de que sabotee una instalación es colocarlo cerca de una de ellas, y la más preciada aquí, que yo sepa, es la transformadora del mineral.

—Sabia observación la de la capitán Magina —aceptó el general Chaen Otse—. Si lo colocamos en la factoría de transformación como usted pide, capitán Kastle, y resulta que es tan peligroso como nos asegura, corremos el riesgo de que sabotee las instalaciones.

Kastle se mordió los labios. Había quedado cogido en su propia trampa.

—Habrá algún puesto en el que pueda estar vigilado.

—Ha tenido un vehículo en sus manos, ha traído a un Casco Rojo herido desde el yacimiento catorce. De haber querido cometer una estupidez alejándose, ya lo habría hecho —puntualizó el comandante de la colonia de deportados—. Además, capitán Kastle, estimo que debería usted de estarle agradecido.

—¿Yo, por qué? —se sorprendió Telus Kastle.

—Porque el hombre al que ha tratado de salvar es uno de sus subordinados directos, un Casco Rojo.

—En Sanidad hace falta un conductor para el vehículo sanitario —puntualizó la doctora.

Kastle, molesto, concretó:

—Sanidad ya tiene uno.

—Es viejo y, según la ficha que tengo de él, enferma con facilidad. Necesito un conductor del que pueda fiarme y tenga garantías de que es experto. Me parece que Faraday podría ocupar el puesto, claro que ello está en sus manos, comandante.

—Me parece demasiada suerte para un recién deportado —gruñó el capitán Kastle.

—¿Cuál es su opinión, general? —preguntó el comandante de la colonia a Chaen Otse, deseando congraciarse con él.

—Si la capitán Magina considera que es el hombre indicado, ¿por qué no destinarlo bajo su control? Si comete alguna torpeza, siempre está usted a tiempo de destinarlo de nuevo al yacimiento catorce. Allí, además de la dureza propia del trabajo, se encontrará con el ambiente hostil de los otros condenados.

—Bien, no se hable más. Faraday, queda asignado a Sanidad. Será conductor del vehículo de Sanidad, y aparte de las órdenes generales,

pues sabe que siempre estará supeditado a cualquier vigilante, quedará bajo las órdenes directas e inmediatas de la capitán médico, que será responsable de usted. —Se volvió hacia la hermosa mujer y añadió—: Espero que si no cumple su cometido como es de rigor lo comunicará de inmediato.

—Descuide, comandante. Haré el reporte oficial cuando cometa alguna indisciplina.

—Ya lo sabe, Faraday. Pórtese bien y lo pasará bien. El trabajo duro se ha terminado para usted gracias a su acción de arriesgar su propia vida para salvar la de un Casco Rojo, pero puede regresar a su anterior puesto de trabajo y en peores condiciones si comete indisciplina.

Flack Faraday deseó soltar un sarcasmo, pero se lo tragó, no estaba en situación de decir lo que realmente pensaba.

Tenía un plan y debía de seguirlo. Ahora, como conductor, tendría más maniobrabilidad. Su meta era conseguir apoderarse de una nave interplanetaria, claro que eso jamás lo había conseguido deportado alguno y él se consideraba capacitado para pilotarla.

—De las gracias —masculló molesto el capitán Telus Kastle.

—¿Por qué he de darlas? —replicó—. Yo no he pedido nada. Se me ha otorgado un nuevo destino para pasar el resto de mi condena, eso es todo.

El comandante indicó:

—Puede retirarse, Faraday.

—Yo también me retiro, comandante, si es que no desea nada más de mí —dijo Aralis Magina, poniéndose en pie.

Telus Kastle dijo:

—Dos oficiales conducirán de nuevo al condenado a su celda.

—No será necesario. Faraday vendrá conmigo a Sanidad. Quien ha de informarle sobre sus futuros cometidos soy yo y no usted, capitán Kastle.

Sin darle tiempo a replicar, pues los ojos de Kastle brillaban tras la visera protectora del casco, Aralis Magina se situó delante de Faraday y echó a andar, al tiempo que ordenaba:

—Sígame, Faraday.

A un paso de distancia, Flack Faraday salió del despacho tras la capitán médico.

Los Cascos Rojos le dejaron tranquilo y ya caminando por un corredor solitario de aquella colonia edificada en el subsuelo, dijo a la mujer:

—Estarás contenta. Tienes un perrito con collar y todo.

Sin volver la cabeza, ni dejar de andar, la joven replicó:

—Creo que debería dar las gracias como le ha sugerido el capitán Kastle.

—El capitán Kastle está ansioso por verme humillado, arrastrándome. Todavía le parece poco el dogal de represión.

—Collar de control —rectificó ella.

—Como quieras, Aralis. Por cierto, ¿es verdad que te fías de mí? Ha sido una opinión que me ha sorprendido francamente.

—Le exijo el tratamiento que me corresponde o tendrá que arrepentirse por no dármelo. Ya sabe lo que representaría para usted regresar al yacimiento, catorce, con la hostilidad de los demás condenados.

—Respetaré el tratamiento delante de otros, pero a solas serás Aralis, simplemente.

—Mi paciencia tiene un límite —advirtió, deteniéndose.

Flack Faraday lo hizo casi a su altura.

—¿Qué he de hacer ahora, «guau guau» o «miau miau»?

—Muy gracioso. Hará que me arrepienta de haber solicitado para usted un puesto tan cómodo como el de conductor de Sanidad.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó Faraday, brillándole los ojos de una forma que produjo un cosquilleo en la columna vertebral de la mujer, aunque ésta se guardó mucho de demostrarlo.

—He intentado averiguar por qué fue condenado.

—¿De veras no admite la sentencia del tribunal que presidió el general Chaen Otse? —preguntó Faraday, con cómico asombro.

—Cuidado, yo no he dicho tal cosa, simplemente que pudo haber por su parte cierto sentimiento de conmiseración, Ha sido algo que ha confirmado salvando la vida del oficial de los Cascos Rojos.

—Vaya, voy a resultar un buenazo.

—¿Le ofende serlo?

—Me confundes, Aralis. Creí que sólo era un «brutal» capaz de las más abyectas y salvajes acciones, propias de un ser arcaico y poco evolucionado.

—No le consiento que se burle. Si sigue por ese camino acabará dependiendo de las órdenes directas del capitán Telus Kastle. Por cierto, ¿por qué le odia?

—No le odio, simplemente lo desprecio. Fuimos antagónicos en la academia marcial. Creo que nunca me ha perdonado que yo fuera el número uno de la promoción y él siempre el número dos.

—Entiendo. La verdad es que no deberá de temer mucho de él.

—¿Por qué he de pensar tan grata noticia? Sentirme con el dogal al cuello, a expensas de que me llenen el sistema nervioso de viperinos electrones capaces de liquidarme, no es una perspectiva demasiado agradable.

—Kastle regresará a la Tierra cuando la nave en que vinimos todos se halle cargada al completo de silicatum-99.

—¿Y tú te marcharás también?

—No, yo seguiré aquí. He sido destinada a este puesto.

—¿Solicitud voluntaria?

—Sólo cumplo órdenes —replicó seca.

—Debo deducir que este puesto en Ganímedes no te agrada. ¿Ha tenido algo que ver el general Chaen Otse en esta decisión?

—Hace demasiadas preguntas para ser un simple condenado.

—No te enfades, Aralis —la apaciguó—. ¿Tardará mucho en marcharse el general Chaen Otse?

La mujer enarcó sus cejas.

—¿Por qué lo pregunta?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que se marchará en la gran nave. Es raro que esté aquí un hombre tan importante como él.

—Aquí hay mucha gente importante ahora.

—¿Hay alguien más importante que el propio general Chaen Otse?

—No estoy autorizada a hablar. Creo que he hecho muy mal solicitando para usted un puesto en Sanidad, Faraday.

Dio media vuelta y reanudó su caminar por los largos pasillos.

Faraday la siguió. Ya sabía algo más de lo que estaba ocurriendo en el satélite; sin embargo, había algo que le preocupaba mucho. Parecía absurdo pensar en ello, pero a él le había inquietado.

El evadido que viera regresar para morir, había vuelto aterrorizado. Hablaba de un monstruo de grandes ojos y, que él supiera, Ganímedes era un astro completamente desierto. Sólo había la colonia de deportados, no existía otra vida animal. Únicamente habían comenzado a cultivarse ciertas especies de vegetales después de ser adaptada la atmósfera.

Podía ser el desvarío de un hombre hambriento, pero ¿y si fuera verdad que había visto algo extraño, un monstruo como él decía?

Lo averiguaría. Habían puesto los medios a su alcance.

Aralis Magina, aunque se lo proponía, no lograba dominarle. Quizá, en el fondo, ella se sentía más a gusto de esta manera. Le amenazaría una y otra vez, pero si no la ponía en evidencia delante de nadie, no daría reporte alguno en su contra, estaba seguro.

Dejó de pensar en sus planes y observó la espalda, las torneadas caderas, las esbeltas piernas de la mujer que le precedía. De pronto, como presintiendo que los ojos de un hombre con sentimientos básicamente masculinos la escrutaban, Aralis echó a andar más rápida, rompiendo así la cadencia de su caminar.

CAPÍTULO VII

Ragio no sólo dormía, sino que roncaba sonoramente.

Faraday se hallaba en su aséptico catre mirando al techo con las manos cruzadas bajo la nuca. La cabeza del teniente Enmanuel Jourdan estaba cerca de la suya, pues el catre de éste se hallaba en la pared frontal, cuando el catre de Faraday estaba en la lateral y Ragio en la opuesta de éste. En la pared libre se abría la puerta enrejada que daba al corredor.

—¿Duermes, Jourdan?

No obtuvo respuesta; sin embargo, estaba consciente de que Enmanuel Jourdan, el joven teniente condenado, permanecía despierto.

Al regresar a la celda por los corredores, Faraday había recibido un fuerte y comunitario abucheo de protesta y reprobación. Se le había demostrado palpablemente con palabras, silbidos y golpes en las rejas, que se le consideraba algo así como un traidor, un cobista de los opresores Cascos Rojos.

Esperaba aquella manifestación, y no por esperada le había dolido menos, pese a ser un hombre frío, de perfecto autocontrol. Sentirse como un traidor a los demás, como un arribista, le molestaba. Podría ser incluso que trataran de asesinarlo temiendo que, además de traidor, fuera un chivato. Todo aquello le dolía, pero no podía evitarlo si quería alcanzar su propósito.

De momento, ya había ganado en parte la confianza de los que tiranizaban a los deportados y también sabía dónde encontrar un subfusil Láser, pues lo había escondido entre las rocas.

Los Cascos Rojos lo habían buscado inútilmente, sin sospechar que fuera él quien lo había camuflado para un posterior y posible uso.

—Jourdan —insistió, pese al vacío que el joven ex teniente le había hecho de principio, retirándole la palabra—. ¿Quieres unirte a un plan de fuga?

—¿Fuga? —Se revolvió bruscamente para encararse con Flack Faraday.

—Baja la voz.

—Bueno, Ragio es de los nuestros —objetó Jourdan.

—Ragio habla demasiado. En principio te hablo a ti solo.

—Después de lo ocurrido, ya nadie va a confiar en ti, Faraday.

—Lo sé, pero tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Para tomar un puesto con más libertad. Si se planea una fuga, hay que trabajársela, aunque a veces duela la forma en que hay que hacerlo.

—Pero, ¿cuál es tu plan? Es imposible salir de Ganímedes.

—Hay una gran nave que aún tardará muchas horas kronos en salir de aquí.

—Pero terminará marchándose y es sabido que en estas colonias de deportados, los astródromos están vacíos de naves interplanetarias. Sólo permanecen aquí el tiempo suficiente para descargar deportados y vituallas y cargar silicatum-99.

—Se puede provocar un retraso en la partida de esta nave que será nuestro objetivo para escapar de Ganímedes.

—¿Escapar, hacia dónde?

—Ya lo veremos. Lo primero es huir. Esa nave está bien pertrechada de armas. No es muy veloz comparada con las de combate, pero está muy bien armada. La carga que transporta es muy importante.

—¿Y cómo demorar su marcha?

—Perjudicando la factoría de producción, quizá también saboteando los almacenes. ¿Quieres erigirte tú en cabeza del comité de fuga?

—¿Yo? El plan es tuyo, Faraday.

—Tú has dicho que de mí no iban a fiarse. Además, deseo tener las manos libres por si hay chivatazo. Iré preparando el acceso al astródromo. Si nos apoderamos del general Chaen Otse, comandante en jefe de los Cascos Rojos, puede ser una baza importante. En principio habría que empezar a acumular alimentos.

—Alimentos, ¿para qué?

—Hay que comer los dos tercios de lo que nos dan. De este modo, bajo los pantalones o como sea, hay que reunir víveres. Si hay una fuga, que los Cascos Rojos crean que antes de una semana estaremos vencidos y que luego no sea así. Necesitamos alimentos. Si los depositáis en un lugar que yo os indicaré, los sacaré de la base y los esconderé en un sitio estratégico para cuando se produzca la evasión. Quiero hombres leales. No más de veinte de absoluta confianza y unos cien a colaborar. Si todo va bien, cargaremos la nave con más.

—El plan puede ser bueno. Después de todo, vale la pena exponerse, antes que pasar veinte años aquí —opinó Enmanuel Jourdan—, pero hay algo que me inquieta.

—Creo que piensas en los dogales de represión.

—Sí. A través de ellos nos pueden reducir a todos inmediatamente.

Faraday tocó su propio collar metálico y suspiró. Lo tenía muy prieto, tanto que en ocasiones se sentía asfixiado y debía rebajar su respiración.

Estaba seguro de que Enmanuel Jourdan le había creído, que confiaba en él, que había dejado de guardarle rencor por lo sucedido

en el yacimiento catorce, pues los Cascos Rojos eran enemigos personales de los condenados.

Convencer a muchos más de un plan que comenzaba a cobrar forma podía resultar más que difícil, imposible, ya que siempre habría suspicacias hacia él después de lo ocurrido.

Enmanuel Jourdan hablaría con Brandon y entre los dos comenzarían a reclutar a condenados escogidos para el plan de fuga, a sabiendas de que se jugaban la vida en ello.

Si eran descubiertos, serían exterminados como represalia y ejemplo.

Horas más tarde, después de la comida, se dirigió a Sanidad.

Tenía libertad para deambular de una parte a otra mediante una placa que habían prendido en su camisola anaranjada de condenado. Aquella placa indicaba cuál era su misión; por ello, cuando pasaba junto a vigilantes y Cascos Rojos, éstos leían su placa y no le molestaban.

En Sanidad no estaba Aralis Magina. A Flack Faraday le molestó no encontrarla, se había acostumbrado a discutir con ella. Además, le gustaba.

Uno de los peores castigos que sufría el deportado en su condena era el permanecer apartado de las mujeres. Allí había algunas en servicios, pero precisamente Aralis Magina era un ejemplar más que espléndido de mujer bella, joven e inteligente.

En las celdas se hablaba mucho de ella y había falsos enfermos cada dos por tres.

Se hacían comentarios y tejían sueños con la capitán Aralis Magina, y a Faraday le hubieran dicho que tenía mucha suerte de no estar todos en su contra.

—Debes dirigirte al yacimiento quince y recoger a un herido que tienen en el puesto de control —le dijo un sanitario de aspecto hosco.

Al parecer no estaba muy contento por las preferencias que la doctora Aralis Magina mostraba por el condenado Faraday.

—¿Quién me acompaña para los primeros auxilios?

—Cárgalo en el vehículo y tráetelo. Si llega muerto, uno menos —espetó el sanitario.

Flack Faraday se encogió de hombros. Si así lo querían, así se haría. Un deportado era demasiado poca cosa para gastar energías en él y se sentenciaba a la suficiente gente como para mantener abastecida la colonia minera de Ganímedes. No faltaba mano de obra en aquel trabajo ingrato y difícil.

Tomó la ficha y se dirigió al vehículo de Sanidad, equipado con una programadora para las rutas que debía seguir.

Subió al mismo y pulsó las teclas correspondientes al yacimiento quince. Le salió una ruta marcada en coordenadas que a su vez

trasladó al teclado del sistema automático. De este modo, cuando se desviara de la ruta, ya que no había carreteras, el automático se lo advertiría con un piloto rojo.

Se introdujo por los túneles.

Aquella libertad le gustaba, mas no era suficiente, sólo era un paso hacia lo que bullía en su mente, y lo que bullía en su mente no era sólo fugarse, sino combatir a Cinabrius.

Mas, esto último era demasiado grueso para poder explicarlo a los demás, para todos habría sido un proyecto utópico, una locura irrealizable.

El mismo dudaba de que atacar a Cinabrius pudiera tener la más mínima posibilidad de éxito, pero ello podía constituir el principio de una revolución contra el tirano que se había hecho con el poder total del gobierno multinacional.

Si había un enfrentamiento abierto, un inicio de guerrillas, podrían seguir otros.

Ello haría que se derramase mucha sangre, evidentemente, pero nunca sería demasiada si concluía la tiranía y terminaban las procesiones de deportados a las colonias mineras extraterrestres y el sometimiento de las colonias agrícolas.

Encendió el foco del hovercraft y se adentró por los túneles.

En realidad, era la misma ruta que la del yacimiento catorce, sólo que el quince quedaba unas ochenta millas más alejado del centro neurálgico de la colonia de deportados.

Al salir de los túneles también estaba oscuro, sólo había parte de la luz que reverberaba Júpiter del Sol.

A lo lejos se divisaba la limpia redondez del satélite hermano Io.

No desconectó el foco del vehículo. No temía chocar contra ningún grupo rocoso, ya que los sensores del hovercraft lo habrían detectado con tiempo, pese a la velocidad que llevaba, pero prefería ver a lo lejos lo que le venía por delante. Incluso, podía cruzarse con vehículos de Cascos Rojos en patrulla de vigilancia, no así con vehículos de relevo de turnos, puesto que no era la hora de efectuarlos.

Le hubiera gustado tener un cigarrillo, pero hasta aquel pequeño vicio les estaba vedado pese a que los científicos habían erradicado el cáncer provocado por el tabaco.

De pronto, ocurrió lo inesperado, lo absurdo, lo inaudito, quizá lo pavoroso.

El fugitivo que había regresado al yacimiento catorce hablando de un monstruo no desvariaba, no se había equivocado. No era la fiebre quien le había hecho hablar.

Estaba allí ante él, al borde del cráter, en cuyo fondo había un lago de aguas abisales, reflejando la luz del foco del hovercraft con sus

propios y monstruosos ojos.

CAPÍTULO VIII

Aquella cosa no se movió del borde del cráter; abajo, las aguas negras, casi insondables, aguas secularmente heladas y que el hombre, con su técnica, había logrado licuar.

Flack Faraday detuvo su vehículo en el que se veía claramente el rótulo de Sanidad.

El foco enviaba su haz lumínico contra lo que tenía delante, que no sabía cómo calificar. Jamás hubiera podido imaginar nada semejante.

Aquello que tenía delante no se había movido, no se había marchado. De hacerlo, hubiera podido pensar que había sufrido una horrible pesadilla, pero no, permanecía allí, inmóvil, observándole con fijeza.

Aquello esperaba sus movimientos, sus reacciones.

En aquel instante deseó tener en sus manos el subfusil láser que había arrojado entre las rocas. Sabía dónde se encontraba el arma, pero no podía ir a por ella.

Tenía opción a girar el vehículo que se mantenía suspendido a más de tres pies sobre el suelo y regresar al núcleo de la colonia, explicando lo que había visto para que los Cascos Rojos lo atacaran y destruyeran.

Su segunda opción era dar el máximo de potencia al motor y salir disparado hacia delante, siguiendo su ruta e ignorando lo que había visto y que quedaba ante él, ligeramente a la izquierda.

Mas, la pasividad de aquello que le miraba de forma fija, sin vacilar, le retuvo. Era como si le diera a entender que no debía temerle.

El hovercraft de Sanidad tenía un techo plástico que no podría protegerle demasiado. Su ventaja, si permanecía dentro del vehículo, era la de que en un momento dado podía dar marcha a los motores y alejarse rápidamente.

Quizá pudiera ser alcanzado, pero corriendo a pie era como menos posibilidades tenía de escapar. Si se apeaba del vehículo y aquello que estaba viendo le era hostil, agresivo, iba a pasarlo muy mal. Pero lo que no sabía cómo calificar, seguía quieto.

Los dos grandes ojos estaban suspendidos en el aire como a ocho pies del suelo, quizá algo más. A simple vista podría decirse que tenían más de un palmo de diámetro cada uno en su parte más estrecha y casi dos en la más alargada, pues eran almendrados.

Las pupilas eran tan negras como la más siniestra de las simas y el blanco que las enmarcaba, algo fosforescente, teñía una ligera tonalidad verde amarillenta.

Lo que más sorprendía era que allí no había nada más; sólo dos ojos flotando en el aire, sin nada que los sostuviera, sin ningún cordón orgánico o nervioso que los uniera a ninguna parte.

Sólo eran dos ojos simétricamente separados y colocados a idéntica distancia del suelo, de modo que trazando una línea recta de uno a otro, habría una separación de casi una yarda, por lo que cabía suponer que la cabeza de aquel ser, aunque no pudiera verla, sería grande.

Instintivamente, Faraday pensó en la boca de aquello, en su sistema de alimentación. ¿Qué comería? Si era heterótrofo, podía pasarlo mal. Si le gustaban los animales de sangre caliente, iba a convertirse en cena para aquel extraño ser desconocido de todos.

Se preguntó si sería inteligente o simplemente un ser básico, apenas evolucionado. ¿Cómo poder comunicarse con él?

Tuvo un impulso que deseó fuera suyo y no una orden mental del enigmático ente.

Ya con los pies fuera del vehículo, avanzó unos pasos hacia aquellos dos ojos que reflectaban la luz del hovercraft. El resto de luminosidad se perdía hacia el infinito, pues allí, a menos que fuera transparente no había nada más.

—¿No me temes, terrícola?

Flack Faraday vaciló ligeramente. ¿Aquello lo había escuchado o simplemente pensado?

—¿Te has puesto en comunicación conmigo? —preguntó.

—Sí —asintió aquella cosa que sólo eran dos grandes ojos almendrados que infundían terror, pero Faraday estaba demasiado entrenado, había viajado y combatido tanto en las más duras circunstancias, que no resultaba fácil aterrorizarle.

Sin embargo, sus músculos estaban tensos, preparados por si había que luchar y vender cara su piel. Si aquello quería tomarlo como proteínas, se defendería.

Le había oído por segunda vez, mas no conseguía clasificar su voz, por la simple razón de que carecía de ella, por lo menos momentáneamente.

La respuesta no le llegaba a través del oído, sino que le penetraba en el cerebro a través del cráneo, por telepatía, y era difícil saber si hablaba su propio idioma.

Lo que sí era cierto es que la insólita criatura traducía lo que él decía o bien lo entendía y a su vez le respondía, y Faraday podía entenderle claramente.

—¿Quién eres?

—De poco servirá decírtelo. Soy un ser inteligente como tú y nada debes temer de mí si no me traicionas.

—¿Cómo podría traicionarte?

—Te ofrezco mi amistad, mi apoyo y espero lo mismo de ti. Tú eres distinto.

—¿A quién?

—A los demás que he visto. Se han aterrorizado de mí y huido.

—¿Has hecho daño a algún terrícola?

—No.

Flack Faraday pensó que el hombre que se había fugado y luego regresado había hablado del monstruo de los grandes ojos, mas no había dicho que le hubiera atacado, simplemente se había aterrorizado.

—Te creo, pero ¿cómo puedes ayudarme tú a mí y luego yo a ti?

—Tú eres un esclavo de los Cascos Rojos.

—Bueno, no soy un esclavo, pero casi como si lo fuera.

—Llevas un dogal de represión que te castiga cuando te rebelas.

Flack Faraday se dio cuenta de que aquel ser que se estaba comunicando con él, utilizaba sus mismas palabras, por lo que dedujo que las estaba sacando de su propia mente.

El extraño ente tenía el poder de leer en el cerebro de un terrícola con tanta claridad como él estaba viendo los dos grandes y siniestros ojos que no se habían movido en absoluto de donde los descubriera por primera vez. Quizá no se movía para no dar la impresión de que pensara atacar.

—No me has respondido cómo puedo ayudarte yo a ti y viceversa.

—Eres un hombre muy seguro de ti, Faraday.

—¿Sabes hasta mi nombre?

—Lo sé todo de ti.

Flack Faraday pensó que era lógico, si aquel ser podía sondear en su memoria.

—Está bien, sabes mucho de mí, pero yo no sé nada respecto a ti, ni siquiera cómo llamarte.

—Llámame Scorpio.

—¿Scorpio? ¿Por qué ese nombre, acaso eres un artrópodo? ¿Perteneces a la familia de los arácnidos y por ello ocultas tu cuerpo para que tu visión completa no me aterre? ¿Tan espantoso eres que sólo me muestras tus ojos?

—Yo te ayudaré a librarte de tu esclavitud, de ese dogal de represión que llevas.

—¿Cómo lo conseguirás?

—Tengo poderes.

—Aparte de leer en la mente de los terrícolas, ¿cuál más?

—Te ayudaré a infiltrarte por donde puedas hasta llegar a la nave que se halla en el astródromo. Sé que ése es tu deseo.

—Lo es. Si lees en mi mente te habrás dado cuenta de que quiero

apoderarme de la nave. En ella, mis compañeros y yo intentaremos huir de esta colonia de deportados que es Ganímedes

—Te ayudaré.

—¿Cómo?

—Proporcionándote medios para que provoques una amnesia momentánea en los centinelas y Cascos Rojos que constituyen un problema para ti. De este modo podrás llegar hasta la nave y apoderarte de ella. Además, hay algo muy importante que tú ignoras y que te interesará conocer.

—¿Y qué es? —inquirió suspicaz.

—Esa gran nave, muy protegida y armada al más del doble de lo habitual, lleva a un viajero de excepción.

—¿Quién es?

—El mariscal Cinabrius.

—¿El mariscal Cinabrius? —repitió Faraday, verdaderamente sorprendido. Aquella noticia no la esperaba—. ¿Cómo sabes que el mariscal Cinabrius está en la nave del astródromo?

—La tuya no es la única mente que he sondeado. Además, mi poder no es tan limitado como supones; sin embargo, no podrás decir a nadie que me has visto ni que voy a colaborar contigo, porque los Cascos Rojos me buscarían para exterminarme.

—¿Qué juego te traes entre manos, Scorpio?

—Simple: ayudamos mutuamente. Saldrás beneficiado, te liberaré de la esclavitud y podrás luchar contra el mariscal Cinabrius, destruyéndole si ése es tu deseo.

—¿Y se habrá acabado la tiranía?

—Ese es tu deseo, ¿no?

—Sí, pero hay muchos puntos oscuros en todo esto, tan oscuros como ese cuerpo tuyo que no puedo ver.

—Tu mente no está suficientemente evolucionada para comprenderlo todo. Deberás confiar en mí, pero no hablar de mí, ni siquiera pensar en mí.

—¿Por qué?

—Puede costarte la vida si lo haces. Ahora, sigue tu camino. Volveremos a encontramos y llegado el momento, sabrás qué hacer.

—¿Acaso has grabado alguna orden en mi subconsciente sin que yo lo sepa?

—Eres listo, Faraday, muy listo, pero es mejor que no pienses demasiado y pases a la acción. Este diálogo ha concluido.

—Aguarda... Tú has hablado de que me vas a ayudar, todavía no has dicho con qué poderes colaborarás, y hay algo también muy importante que tampoco me has aclarado.

—Si te retrasas, te preguntarán por qué has detenido tanto tiempo el vehículo.

—Eso es una evasiva de tu parte, Scorpio. Respóndeme: ¿Qué ganarás tú en todo esto, cómo tendré que ayudarte luego?

—Llegado el momento lo sabrás, Faraday.

El foco del vehículo de Sanidad se apagó bruscamente. Faraday miró hacia el hovercraft, que se había quedado a oscuras, y luego volvió sus pupilas hacia aquel ser que consistía sólo en dos enormes ojos, mas ya no los vio.

Regresó al vehículo; manipuló en los contactos y tornó a funcionar el sistema eléctrico, pero el foco ya no iluminaba ojos algunos.

Por unos momentos vaciló; pensó si no estaría soñando en la noche de los páramos de Ganímedes.

—¡Scorpio! ¿Estás ahí? ¡Scorpio! ¿Me oyes?

Obtuvo como respuesta el silencio más absoluto.

Se acercó al borde del cráter y sólo vio negrura en su fondo. Sabía que allí había aguas abisales que nadie utilizaba, quizá porque no eran potables.

Regresó al vehículo de Sanidad. Trató de hacer gimnasia mental recordando cifras y nombres para comprobar que seguía cuerdo y después reanudó su marcha en dirección al yacimiento quince. Estarían esperándole.

CAPÍTULO IX

A la capitán Aralis Magma le disgustó la presencia del capitán de los Cascos Rojos, Telus Kastle. Aquel sujeto parecía disfrutar lastimando a los cautivos de la colonia y ella, aunque fiel a las leyes y a las normas, como médico había aprendido a sanar, no a hacer daño al prójimo. Por ello, Telus Kastle le resultaba antagónico.

—Debo acompañarla.

—Puedo ir sola.

—Tengo órdenes de protegerla. Aquí hay mucho hombre deportado de por vida a trabajos forzados y usted es una mujer muy hermosa.

—Soy capitán, como usted —puntualizó.

—Bueno, usted pertenece a servicios de Sanidad, no es lo mismo que ser Casco Rojo —observó con ligero y punzante sarcasmo, aunque luego se arrepintió de haber hablado de aquella forma, sin tener en cuenta que Aralis le atraía.

—Por supuesto que no soy un Casco Rojo. Estimo que no podría serlo jamás.

Telus Kastle suspiró ligeramente.

—Quizá me he expresado mal. Es lógico que sea un hombre y no una mujer quien ocupe puestos en la policía militar, donde es preciso luchar contra los traidores.

Ella se ajustó el cinturón, más por hacer algo con sus manos que por otra cosa.

—Bien, si ha de acompañarme, vamos, no perdamos más tiempo.

La joven se dirigió hacia la puerta. Telus Kastle le cortó ligeramente el paso, interponiéndose entre ella y la puerta.

—Verá, creo que si los dos hemos de permanecer aquí algún tiempo deberíamos ser amigos o quizá…

—¿Quizá qué, capitán Kastle?

El descubrió dureza en la mirada de la mujer, que había adivinado sus intenciones.

—No es usted ninguna niña, sabe a qué me refiero. ¿O piensa llegar a vieja sin…?

—No quiero oírle más, capitán Kastle. No me obligue a formular una queja al general Chaen Otse.

—Está bien, está bien, no he dicho nada, pero si cambiara de opinión, podríamos entendernos, y yo le haría muchos favores.

—No me interesan sus favores.

—¿Acaso prefiere los de ese traidor de Faraday?

Aralis Magina se descontroló totalmente por primera vez en su vida. Fue un segundo, quizá dos, pero Telus Kastle ya había recibido

una seca bofetada en el rostro, justo en uno de los puntos que quedaban sin la protección del casco que había dado nombre al Cuerpo de cual era capitán.

La ira brilló en los ojos de Telus Kastle y el protector ocular del casco no impidió que Aralis viera aquel centelleo. Mas, el hombre sonrió, mostrando ligeramente los dientes, al tiempo que silabeaba:

—Se acordará de esto, Magina, se acordará.

Ella echó a andar, esquivándole. Salió del hábitat que le correspondía en la colonia de Ganímedes y Kastle la siguió a corta distancia. No volvieron a hablarse.

Subieron a un pequeño vehículo dos plazas que condujo Kastle por galerías subsolares hasta el astródromo, emergiendo luego a la superficie.

Sin dejar de avanzar, ascendieron por la amplia rampa de la nave interplanetaria allí posada y se introdujeron en el hangar.

Las luces de vigilancia estaban encendidas en el ancho hangar, donde las voces y las pisadas hallaban un eco que, de estar sola una persona, angustiaban.

Aralis Magina descendió del vehículo y echó a andar. No dirigió una sola mirada a Kastle, pero éste la siguió. Podía oír sus pasos tras ella.

Por un momento, Aralis se preguntó qué ocurriría si aquel hombre la besaba por la fuerza, como había hecho Faraday en la enfermería. Llegó a la conclusión de que se defendería fieramente y luego recordó que con Faraday, había terminado sucumbiendo a la caricia.

Dentro de la gran nave, tomaron un ascensor que les condujo hasta el corredor de los camarotes principales.

Se situaron frente a una puerta donde había dos Cascos Rojos montando vigilancia, los cuales se cuadraron al descubrir la presencia de su capitán.

Pulsaron un timbre. Se encendió una luz y no hizo falta que dijeran nada. En la pantalla que había dentro del camarote que tenía custodia especial, aparecieron sus imágenes y la puerta se abrió de forma automática, franqueándoles el paso.

El camarote del general Chaen Otse era tan lujoso como confortable. Quizá era recargado y con una decoración al estilo siglo veinte, escasamente funcional y algo barroca.

El general sonreía levemente, mostrando sus dientecillos.

Sus ojos orientales se posaron sobre Aralis, y ésta tuvo la impresión de que aquellas pupilas trataban de poseerla, de dominarla.

—Todo está en orden, general —dijo marcialmente Telus Kastle.

—Bien, capitán, puede retirarse. Tengo que hablar con la doctora Magina.

El propio Kastle adivinó algo en la voz, en la mirada y en los ademanes del general que no le gustó con respecto a Magina, pero recordó la bofetada recibida y pensó que, después de todo, aquél podía ser el castigo que ella necesitaba.

El general tenía bastantes más años que él y no era precisamente un sujeto atlético ni apuesto.

—Si precisa algo, mi general.

—No, capitán, retírese.

Cuando Telus Kastle salió de la lujosa estancia y pese a que éste le caía mal, Aralis Magina se sintió desasosegada.

—¿Quieres un cigarrillo, Aralis?

Chaen Otse inició el tuteo, pero como era la autoridad suprema en Ganímedes no podía corregirle. Después de todo, ella era una subordinada suya.

—Gracias.

Tomó el cigarrillo y tras aspirarlo, éste se encendió automáticamente, al pasar el aire con fuerza por el extremo del cilindro de tabaco, sin que tuviera que aplicarle llama alguna.

—Toma asiento, Aralis, quiero hablar contigo.

—¿Algo importante, general?

—Llámame Chaen.

—Las normas lo prohíben, mi general —puntualizó ella.

—Yo hago las normas.

La joven quiso replicar, pero se contuvo.

—¿Va a marchar pronto de Ganímedes?

—Aún no. Tengo un equipo de especialistas científicos realizando unos trabajos de suma importancia que no han sido concluidos, pero no es de eso de lo que deseaba hablarte.

Aralis presentía que el momento desagradable de la entrevista se acercaba.

—Usted dirá, mi general.

Chaen Otse se acercó a ella, se acercó tanto que casi la tocó.

—Eres muy hermosa, Aralis. Un perfecto ejemplar de hembra terrestre. ¿Te has dado cuenta de ello?

—Bueno, general, creo que es un halago que, francamente, no esperaba.

—¿Sabes por qué estás aquí, en Ganímedes?

—Cumplo órdenes, señor. Pertenezco al servicio de Sanidad y he sido destinada a este puesto. La verdad es que yo no lo solicité.

—Sabes comprender la disciplina marcial, acatas la orden y no preguntas por qué.

—Así se me ha educado, mi general.

—Sí, ya lo sé, es como debe de ser, pero siempre hay excepciones.

Hizo un movimiento ambiguo con la diestra, sin brusquedad, un

ademán suave, propio de un orientalismo cultivado.

—¿Se me ha destinado a esta colonia de deportados en Ganímedes por algún motivo concreto, mi general?

—Sí.

—¿Puedo conocerlo? —preguntó ella, temiendo la respuesta.

—Digamos que hay un interés personal.

—¿Interés personal? Creí que esa palabra estaba erradicada de nuestro sistema, de nuestras normas.

—Puede parecerle una estupidez, pero todos tenemos herencias atávicas. Creemos en ellas, sentimos deseos con respecto a ellas. Yo mismo tengo poder, tengo confortabilidad, muchas cosas, pero no tengo…

Hizo una breve pausa que ella cortó.

—¿No tiene qué? No me diga que, a su altura, siente nostalgia de no tener una compañera.

—He conocido a muchas mujeres y podría rodearme de las que deseara. Tú no eres ninguna ingenua y sabes que eso es verdad.

—No acabo de entenderle, general.

—Quiero descendencia.

El cigarrillo tembló ligeramente en los labios de Aralis. Se había puesto pálida, lo notaba. Volvió el rostro para que el general no la viera.

—Creí que todo lo referente a la descendencia ya se había resuelto. Hay adultos y niños, pero no padres e hijos tal como se entendía antiguamente, es decir, el sentido de la familia ha desaparecido.

—Sé que es una paradoja que yo, alguien que está en el poder, desee lo que he promulgado como improcedente y nocivo. En fin, Aralis, esta misma paradoja se ha producido muchas veces en la historia y volviendo a lo que te he dicho, estimo que por más que se haga y diga en contra de la unión de hombre y mujer para dar la descendencia deseada, no se podrá destruir jamás, claro que eso no puedo declararlo públicamente a estas alturas.

—General, creo que no debía de escucharle. Me hace usted confesiones demasiado graves para el sistema. Podrían acusarle de traicionar las leyes establecidas. ¿Qué diría su excelencia el mariscal Cinabrius si supiera sus deseos?

—Lo sabe.

Ella enarcó las cejas, todavía más preocupada.

—¿Dice que lo sabe?

—Sí. El mariscal Cinabrius está aquí.

—¿Aquí, dónde?

—En esta nave, de incógnito, muy pocos lo saben. Te ruego que mantengas en el más estricto secreto lo que acabo de comunicarte.

Revelarlo constituiría alta traición, ya que el mariscal no desea que se sepa dónde está. Desde aquí, controla la Tierra y todo nuestro sistema de colonias extraterrestres.

—He viajado en esta misma nave desde la Tierra y lo ignoraba. Viajará muy de incógnito —observó ella, pensando que jamás había visto al mariscal Cinabrius.

—Cinabrius me ha comunicado que puedo tener descendencia, que puedo darme ese placer,

—Es incomprensible que el propio mariscal Cinabrius esté de acuerdo con su deseo, mi general.

—Creo que nadie como Cinabrius puede comprender mis más íntimos sentimientos. Todos tenemos derecho a lo que podríamos llamar flaquezas,

—Quizá si consultara con un psicólogo, mi general...

—No he de consultar a nadie, ya está decidido.

—¿El qué?

—Vamos, Aralis, ya te habrás dado cuenta de todo. El mismísimo mariscal Cinabrius te ha elegido para que me proporciones descendencia.

—¿A mí?

Vaciló, tuvo la sensación de que un dardo largo y agudo se le hundía en el cuello, casi paralizándole la voz y la respiración.

—Sí, ha sido el propio mariscal Cinabrius.

—¿Cómo puede ser, si su excelencia no me conoce? —protestó, sin saber cómo escapar a aquella especie de trampa en la que se veía envuelta.

—El mariscal conoce a mucha gente. Sabe de nuestras ideas y sentimientos más que nosotros mismos.

—Mi general, no puedo creer tal cosa.

—¿Acaso estás diciendo que miento?

—No —titubeó—, no he dicho tal cosa, pero todos tenemos pensamientos íntimos que sólo nosotros podemos conocer.

—Cinabrius lo sabe todo, absolutamente todo sobre nosotros. Me sería difícil hablarte como podría hacerlo un romántico del siglo pasado o de los siglos más anteriores, en que los hombres buscaban palabras barrocas y cursis. No, no sabría, sólo puedo decirte que has sido elegida para ser mi pareja y me darás la descendencia que deseo. Para ello, permanecerás en esta colonia de Ganímedes el tiempo que sea necesario, ya que nuestra unión debe de ser secreta, para no dar ejemplos equívocos al pueblo. Pero, no temas, será como un matrimonio a la antigua y desaparecida usanza, lo digo por si tienes algún inconveniente.

—Sí lo tengo, general.

—¿Cómo dices?

—Me han educado en un sistema de normas y ahora usted me propone transgredirlas. Creí que el sentido de la pareja y la familia estaba superado totalmente. Ahora, la herencia está regulada por colonias de procreación y, según las normas, no se dice a los hijos quiénes son sus padres biológicos ni a los padres cuáles son exactamente sus hijos. De este modo, no se crean lazos afectivos que constituyen lastres a lo largo de la vida.

—En este caso se hará una excepción. El mariscal Cinabrius, ha dado su autorización.

Aralis Magina se debatía interiormente. Por su cabeza, como un relámpago, pasó la idea de que si aquello mismo se lo hubiera propuesto o quizá impuesto Flack Faraday, raptándola, llevándosela aunque fuera a la fuerza a cualquier parte, ella habría terminado sometiéndose, en el fondo satisfecha de volver al sistema histórico de la familia. Le daría el hijo o los hijos que él quisiera, pero el general Chaen Otse era otra cosa y tenía que buscar motivos para escapar de aquella trampa en la que se veía encerrada.

—No puedes negarte, Aralis. Además, el hijo que nazca será cuidado con la máxima atención. Será preparado, ya desde su niñez, para mandar en el futuro. Creo que puedes sentirte satisfecha y no pienses que en todo esto hay un afán digamos erótico de mi parte, aunque, teniendo en cuenta tu belleza, eso no sería nada anormal.

—Mi general, ¿acaso lo que me está pidiendo es una orden? —inquirió, temiendo lo peor.

—Preferiría que te lo tomaras con calma. Imagino que no me ves a mí precisamente como podrías mirar a Faraday.

—¿Qué tiene que ver Faraday con esto?

—He observado cómo lo miras. En fin, no tiene importancia, conozco mis limitaciones y también mis poderes. No me obligues a decirte que debes de someterte a una orden.

Aquello era lo peor que podía oír y se sintió desfallecer. Pero, estaban las normas, las leyes, y era el propio Chaen Otse, jefe de todo el sistema policial y militar, quien quería violarlas.

—Me obligaría a desobedecer una orden —insistió.

—¿Sabes lo que eso significaría para ti?

—La verdad es que no lo sé. ¿Podría juzgarme una corte marcial por no acatar la orden estricta que usted trata de imponerme?

Chaen Otse sonrió.

—Eres muy sagaz, crees que yo debería afrontar la opinión popular, pero te equivocas, no lo haría. Jamás me pondrás en ridículo, tengo muchos sistemas para evitarlo. Sé consecuente y acepta el destino que se te ha marcado, no puedes escoger otro. Te aseguro que te sentirás orgullosa de dar a luz al futuro dominante de la raza terrícola que, por supuesto, llevará mi herencia genética.

—Esta orden tendría que recibirla de labios del mismísimo mariscal Cinabrius para convencerme de que no estoy traicionando las normas, quebrantando las leyes en que se me ha educado —espetó resuelta.

A Chaen Otse no parecía agotársele la paciencia.

—¿Exiges que te lo ordene el propio mariscal Cinabrius?

—Sí.

—Bien, creo que eso aclara tu postura, Aralis, No quieres traicionar nuestras leyes, nuestros principios. Crees en el mando absoluto del mariscal Cinabrius. Eso es bueno para todos. Eres una persona fiel a nuestro sistema hasta las últimas consecuencias. Espero que el mariscal Cinabrius sabrá comprenderlo así. Me figuro que al elegirte sabía muy bien por qué lo hacía. No obstante, consultaré con él y te transmitiré lo que se decida. Espero que te des cuenta de lo que me has pedido. Has dudado de mi palabra, exiges la del mismísimo mariscal Cinabrius.

—Es que usted me pide traicionar las normas, nuestro sistema —insistió.

—Lo comprendo, pero ésta será la excepción y si el mariscal Cinabrius decide comunicarte la orden directamente, ya no podrás alegar nada para desobedecer.

Aralis calló y comprendió que era cierto, que el propio mariscal Cinabrius le exigía aquel sacrificio, pues para ella sería un sacrificio, más que eso, una tortura contra la que estaba dispuesta a luchar, pero no sabía cómo ni con qué medios. ¡Cómo se burlaría de ella Flack Faraday! Y comenzó a pensar que era él quien estaba en lo cierto y no ella.

—¿Qué piensas ahora, Aralis?

—Lo siento, mi general, ha sido una noticia muy sorprendente, desearía retirarme.

—Puedes hacerlo, ya te comunicaré algo. Ahora, serás escoltada en todas tus salidas. Para mí, eres la persona más importante, no sólo de la colonia, sino de toda la especie terrícola. Cualquiera que ose molestarte en lo más mínimo sufrirá el más severo correctivo que pueda imaginarse.

Aralis no dijo nada. Estaba consternada. En adelante, en cualquier momento temería ser llevada a presencia del enigmático y superdotado mariscal Cinabrius para que éste confirmara cuanto le había dicho el general Chaen Otse.

CAPÍTULO X

En voz baja, el ex teniente Enmanuel Jourdan comunicó a Flack Faraday:

—El comité de fuga está formado.

—Magnífico —le respondió Faraday en el mismo tono, pero dando entusiasmo a su expresión.

—Sin embargo, he de confesarte que la mayoría son escépticos.

—Lo comprendo.

—Nadie cree que se pueda escapar, pese a que les he hablado de que está aquí la gran nave que podemos gobernar si conseguimos apoderarnos de ella.

—Has hecho bien en decírselo.

—Les ha gustado lo de la nave, eso ha hecho que algunos vacilantes dieran su palabra de asociarse al comité de fuga; sin embargo, no confían en que logremos despegar del astródromo con una pesada nave de carga, pudiendo haber naves de ataque orbitando Ganímedes.

—Sé que la nave de carga no es vulgar, que está muy bien dotada de armamento.

—¿Cómo te has enterado de ello?

—Voy bastante suelto ahora, es más, tengo algo importante que decir.

—¿Qué es? Debo de saberlo para comentárselo a los demás.

—No puedo dar muchas seguridades, pero creo que hay alguien muy importante que está de nuestra parte y quiere ayudarnos a escapar.

—¿Alguien? ¿Quién es ese alguien?

Flack Faraday sonrió para sí mismo. Era absurdo contarle a Enmanuel Jourdan la visión que había tenido en la noche, aquellos dos enormes y siniestros ojos junto al cráter de aguas insondables, aquel ser que se había comunicado con él telepáticamente y cuya forma ni siquiera conocía.

A ciencia cierta, no sabía seguro si había tenido una pesadilla o era una realidad; sin embargo, quería estar seguro de que aquel ser le ayudaría a llegar al astródromo, como había prometido.

—Bueno, Jourdan, ahora no puedo decirte de quién se trata. Sería peligroso hablar demasiado.

Enmanuel Jourdan se molestó algo.

—¿Acaso no confías en mí? —le preguntó.

—Claro que confío, pero quien nos va a ayudar me ha pedido que no le mencione. Corre su riesgo y no tiene por qué hacerlo.

Enmanuel Jourdan sonrió de pronto y aseguró más que preguntó;

—¿Es la doctora Magina?

—Por la Santa Madonna... ¿Qué están hablando en voz baja? —exclamó Ragio.

—Mira, Jourdan, no juegues a adivinanzas, deja esa parte de mi cuenta. Cuando llegue el momento clave habrá que luchar contra los Cascos Rojos, debes de mentalizar a los demás al respecto. Habrá luchas y muertes, no se podrá evitar. Cuando se prepara una fuga y más de esta índole, se ha de estar dispuesto a todo.

—¿De qué fuga habláis? —preguntó Ragio.

Ambos le miraron. Era su compañero de celda y no le habían hecho partícipe de nada.

Flack Faraday se acercó a él, le bastó una sola zancada para hacerlo. Le cogió por la camisola anaranjada de deportado y medio lo alzó en el aire, imponiéndole su fuerza, su estatura, su agresividad.

—Si hablas a alguien de lo que has oído, te van a salir las tripas por la boca y no por la panza que tienes. Me temo que será una tortura que durará un rato.

—*¡Io sono un orno de onore, io no sono chivato!* ¿Cómo puedes pensar algo tan sucio del amigo Ragio?

—Está bien, confiaré en ti, pero piensa en lo que puede pasarte —le advirtió Faraday, soltándole.

Nunca le habían gustado los que hablaban demasiado y sin sentido, jurando y perjurando como lo hacía Ragio.

—¡*Io* también quiero escapar de aquí! *Io* también estoy *condennato.*

Guiñó un ojo a Jourdan; por su juventud y bisoñez le pareció más asequible que el duro y gélido Flack Faraday.

—Formarás parte del comité de fuga, pero sólo como ente pasivo. Cuando llegue el momento, también escaparás.

—¿Cómo?

Flack Faraday miró a Enmanuel Jourdan. Su mirada metálica resultó harto significativa, era una orden tajante y no hacía falta traducirla en palabras.

Jourdan respondió al itálico.

—Saber demasiado es peligroso. Si quieres seguir vivo, no hagas preguntas, podría ser que te cayera un peso en el cráneo; la cabeza se te metería entre los pulmones y nadie te ayudaría a ponerla de nuevo en su lugar.

Ragio se rascó el occipucio. Frunció su gran bigote y se encogió de hombros para luego tenderse en el catre, panza arriba.

—*Io sono un orno* que sabe lo que le conviene. A *io* le piden silencio *e io* se calla.

Tras hacer la petición, el vigilante abrió la celda y Faraday la abandonó.

A una hora determinada debía de personarse en Sanidad; ésa era la orden que había recibido.

La capitán Aralis Magina le estaba esperando. Revisaba unos expedientes y trataba de mostrarse serena y calmada, mas no lo conseguía del todo.

Faraday captó aquel detalle. Se situó frente a la mesa y preguntó sonriente:

—¿Qué te pasa? ¿Has dormido mal o acaso Cinabrius se encuentra enfermo?

—¿Cinabrius enfermo? —De repente, le miró a la cara, con expresión incrédula—. ¿Qué sabes de Cinabrius, es decir, de su excelencia el mariscal Cinabrius? —miró a su alrededor, como temerosa de que alguien pudiera escucharles—. ¿Quién te ha hablado de él?

—Digamos que un pajarito.

—Vamos, no digas tonterías.

—Sí, claro, en Ganímedes no hay pajaritos. Pues habrá sido otra clase de bicho —dijo con relativa sinceridad.

—No puedo creer que lo sepas.

—¿El qué?

—Nada, es mejor dejarlo estar.

—¿Que Cinabrius está en la nave que hay en el astródromo?

—De modo que sí lo sabes, pero, ¿cómo, si todos lo ignoran?

—Todos, no. Tú también lo sabes, al parecer.

—Es que yo...

—¿Tú qué? —apremió, ante el silencio de la joven.

Ella se puso en pie, estirando la casaca que no consiguió tapar prácticamente nada de sus bien moldeados muslos.

—Hemos de marcharnos —dijo.

—¿Adónde?

—Hay que hacer una inspección sanitaria. En uno de los yacimientos ha aparecido un gas que se está analizando y debemos averiguar si es nocivo o no para el sistema biológico terrícola.

—Mientras el aire sea un poco respirable y se mueran poco a poco, dando rendimiento en la extracción del mineral, será bueno, ¿verdad?

—No seas sarcástico —replicó Aralis, recuperando en parte el dominio sobre sí misma.

Salieron del departamento.

Faraday tomó un maletín que debía de llevar Aralis y se dirigieron al aparcamiento de vehículos. Se acercaron al que ostentaba el distintivo de Sanidad y se introdujeron en él, en el instante en que aparecía el capitán Telus Kastle.

Mascaba aquel chicle vitamínico que utilizaban los Cascos Rojos

para permanecer estimulados, carecer de fatiga física y nerviosa y ser así superiores en todo momento a cualquiera de los cautivos de la colonia.

—¿A dar un paseo, capitán Magina?

—No tengo que darle explicaciones, capitán Kastle —replicó ella.

—Usted cumple su cometido y yo el mío, es cierto —dijo sin cesar de masticar el chicle, lo que irritó a la fémina—. Y mi misión es acompañarla a todas partes para protegerla de traidores deportados.

—Váyase al diablo, capitán Kastle, usted no viene conmigo, ya tengo a mi chófer y ayudante. Creo que le conoce bien y sabe de su competencia. Posiblemente, jamás llegará usted a conducir como él.

Aralis Magina había tratado de irritar al capitán de los Cascos Rojos y lo consiguió.

Telus Kastle se había puesto ligeramente pálido, pero supo dominarse y dijo:

—Tengo que protegerla aún en contra de su voluntad. Son órdenes.

Aralis recordó al general Chaen Otse y cuanto éste le había dicho.

—Tengo la misma graduación que usted, capitán Kastle, de modo que váyase al diablo, en este vehículo de Sanidad no subirá. Ponlo en marcha, Faraday.

Faraday arrancó, dejando atrás al capitán Kastle que, sin prisas, subió a otro vehículo ligero y les siguió a distancia. No pensaba perderles de vista.

—¿Qué hago, lo despistamos o no? —preguntó Faraday, conduciendo el hovercraft, accionado mediante una batería nuclear.

—De momento, no. Con mantenerlo a distancia es suficiente.

Salieron al exterior, tras circular por el laberinto de túneles.

El día era bueno. La luz del sol llegaba claramente hasta ellos, aunque no con la misma intensidad con que se recibía en la Tierra.

La atmósfera dispersaba los rayos y parecía que iban a tener buen tiempo; no obstante, de vez en cuando y debido a la atmósfera artificial provocada, tenían alguna ruidosa tormenta que causaba chubascos, desnivelando el equilibrio de humedad que el sistema de control de clima tenía que reponer.

—Juraría que te preocupa algo concreto.

—Sigue conduciendo —dijo ella, marcando con sus dedos el trazado de la ruta en la pequeña computadora del salpicadero.

—No quieres contármelo, aún no me tienes confianza.

La jovialidad de Faraday la estaba venciendo. Parecía imposible que un hombre como él, tan inteligente y físicamente perfecto, pudiera mostrarse alegre en las circunstancias de cautividad y opresión en que se hallaba.

Le miró de reojo. «Forzosamente ha de ser un buen compañero»,

pensó. «Sabe estar simpático hasta en las adversidades, pero lo que me va a pasar a mí...»

—¿Sigues dubitativa entre si debes o no contármelo?

—Por favor, Faraday, no continúes.

—¿Quieres que detenga el vehículo?

—No he dicho tal cosa, me refiero a hacer preguntas.

—La vez anterior que nos vimos parecías un gato enfurruñado, estabas tensa como un bambú que puede cimbrearse, pero si lo sueltas de golpe te da en las narices por la acción de su flexibilidad. Ahora es distinto. Ha debido de ocurrir algo mientras tanto. ¿Acaso ha sido ese «algo» el enterarte de que Cinabrius está en Ganímedes? Porque tú no lo sabías, ¿verdad?

—No, no lo sabía —admitió Aralis.

—¿Y cómo es posible que siendo comandante médico ignoraras que Cinabrius viajaba en la nave? ¿Acaso Cinabrius no precisa jamás de un médico o es que acaso no se fía de una mujer médico?

—Me parece una estupidez lo que acabas de decir.

De pronto, se escuchó una gran explosión, que hizo temblar el vehículo en su marcha.

A lo lejos, del interior de un cráter, brotó una columna blanca de humo y vapor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Faraday, guiando el vehículo hacia el cráter.

Se encendió un piloto rojo y Aralis advirtió:

—Te estás saliendo de la ruta marcada.

—Es que quiero ver lo que está pasando.

—Eso no es de tu incumbencia. Hay un equipo de científicos investigando algo.

—¿Ah, sí? Yo diría que es todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? No entiendo.

—No olvides que soy un piloto astronauta de combate. Ha sido un «pepinazo».

—¿«Pepinazo»? —repitió ella, sin comprender el argot que utilizaba Faraday.

—Sí, una bomba.

—¿Por qué habría de ser una bomba?

—Me da la impresión de que ese equipo de científicos lo que quiere es destruir algo.

—Pudiera ser que quisieran demoler alguna capa mineral para buscar más yacimientos de silicatumita.

—Si nos acercamos, lo veremos. En el borde del cráter hay varios vehículos.

El capitán Telus Kastle les seguía de cerca.

Trató de cortarles el paso en su avance, mas no lo consiguió.

Faraday puso a tope la velocidad de su hovercraft; sorteó la presencia de Telus Kastle y llegó el primero junto a los otros vehículos.

Allí había hombres con distintos uniformes. Los había en verde y gris. Estos últimos eran militares. También había Cascos Rojos controlando la zona. Al llegar ellos, les miraron.

Flack Faraday saltó del vehículo y se acercó al borde del cráter para mirar hacia el fondo del mismo.

Allí había un lago de aguas abisales que, debido al impacto de la bomba termonuclear, estaba hirviendo. El calor se hacía insoportable.

—Por todos los demonios. Parece que no quieren que quede una sola célula viva ahí abajo.

—¡Faraday, vuelva al vehículo o lo extermino! —advirtió Kastle, apuntándole con su subfusil láser.

—Capitán Kastle, deje de apuntarle con esa arma —le ordenó Aralis Magina.

—Lo siento, doctora, pero usted también debe alejarse de aquí. Es zona prohibida. Han debido seguir su ruta normal, no se les hubiera molestado. Supongo que el piloto rojo les habrá indicado que se salían de la ruta.

—La culpa es mía —admitió Faraday—. Hemos visto la explosión.

—Sigan su camino o daré cumplimiento a las órdenes concretas que tengo.

Aralis comprendió que el capitán Kastle no bromeaba y que dispararía su arma contra Faraday. Después de todo, si un oficial como él mataba a un deportado, nadie le pediría explicaciones.

—Vamos, Faraday, sube al coche. Nos vamos.

Los demás permanecían en silencio. Nadie había abierto la boca para articular palabra.

Faraday puso de nuevo en marcha el vehículo. El capitán Kastle regresó al suyo, tras intercambiar unas frases con los que allí estaban.

—¿Qué te parece, Aralis, lo despistamos? Ese pelma quiere volver a seguirnos.

—No lo conseguirás. Su vehículo es más rápido que el nuestro.

—Eso es cierto —admitió—, pero lo intentaremos.

Lo intentó en una zona de rocas, donde los rayos de seguimiento tropezaban contra las mismas peñas.

Los detectores, a tan sólo tres o cuatro pies del suelo, no funcionaban como era debido ante los obstáculos.

Faraday consiguió esconder el vehículo tras unas rocas, habiendo rodeado otras en varias ocasiones.

El capitán Kastle, desorientado, siguió buscándoles.

Faraday, con el motor de su hovercraft parado, para que no lo captara el sensor de sonido del vehículo policial, se volvió hacia Aralis

y le dijo:

—Insisto en que te veo muy preocupada.

—No entiendo como un hombre que está acostumbrado a salirse con la suya esté aquí deportado, o quizá sea ésa la causa. En el fondo eres un rebelde, un indisciplinado nato.

—Eso es, un brutal, un *Anthropus Erectus*, lo que quieras, pero tienes unos labios tentadores y voy a besarlos.

—Si te atreves, te...

No pudo continuar. Estaba siendo besada y no le pareció nada mal lo que le estaba ocurriendo...

CAPÍTULO XI

Chaen Otse, en persona, entró en el hábitat de Aralis Magina cuando ésta trataba de distraerse con un programa televisado.

—¡General!

—Hola, Aralis —la saludó el oriental con su acostumbrada suavidad, de la que no cabía fiarse demasiado.

—Es un honor recibirle en mi hábitat.

—Dejémonos de protocolos, Aralis. Debes venir conmigo.

Aralis Magina temió lo peor. Recordaba a Flack Faraday, las rocas, lo que jamás había experimentado antes y el rechazo que sentía ahora por el general Chaen Otse era aún más fuerte, sabiendo lo que éste deseaba obtener de ella.

—¿Adónde, mi general?

—Me pediste una cosa. ¿No te acuerdas?

—Pues, ahora no caigo, general —mintió, como si el ganar tiempo en aquellos momentos tuviera alguna importancia.

Se lamentó íntimamente de no haberle contado a Faraday lo que le ocurría y a qué presiones se hallaba sometida. Luego, en la fracción de un relampagueo, se preguntó qué hubiera podido hacer Faraday.

«Después de todo, es un deportado, un deportado al que amo, pero sólo eso. Tiene el cuello encerrado dentro de un dogal de represión, como él llama al collar de control», pensó.

—Debías de estar muy distraída viendo la televisión para no acordarte, Aralis. Por cierto, me ha comunicado el capitán Kastle que te has burlado de él.

—Es un hombre que me subleva.

—Él tenía que protegerte.

—Kastle ha tratado de molestarme. Se ha insinuado como si fuera un ser primitivo.

Aquello sí irritó al general Chaen Otse.

—Hablaré con él y eso no se repetirá. Disculpa, Aralis, no creí que el capitán Kastle fuera capaz de comportarse de esa forma.

—Le he rechazado y por ello trata de incordiarme. No sé qué le habrá contado, pero hemos tenido un pequeño incidente cuando mi chófer y yo observamos una explosión en uno de los cráteres.

—Lo sé. Ese lugar está acotado, es zona prohibida.

—Lo ignoraba.

—Es que tengo a unos científicos haciendo pruebas.

—¿Buscan nuevos yacimientos?

—Algo así —respondió, evasivo.

—El agua hervía.

—Lo imagino.

—¿Van a hacer lo mismo con todos los lugares donde haya agua?

—Pudiera ser. Si temen que exista una formación de virus con posibilidades epidémicas, los destruirán. No ha de quedar nada vivo dentro de las aguas de Ganímedes.

—En ocasiones pienso que una asepsia excesiva no es buena. Matar todo lo vivo y dejar sólo lo estrictamente funcional deshumaniza.

—Bueno, Aralis, tienes muchos deseos de hablar y, por cierto, de cosas interesantes. No sabes cuánto me satisface que, además de bella, seas una mujer muy inteligente. Yo tengo en alta estima la ley de la herencia.

El general Chaen Otse no vacilaba en sus planes y en Ganímedes, Aralis se sentía tan atrapada como cualquiera de los cautivos sometidos a trabajos forzados.

—La ley de la herencia es importante, hay que admitirlo, pero no es el todo.

—Bien, bien. ¿Estás dispuesta para acompañarme? El mariscal Cinabrius nos aguarda y no podemos hacerle esperar.

Ahora sí que ya no podía escapar. El mismísimo Cinabrius la aguardaba. Ella no le conocía y, al propio tiempo, ni siquiera conocía a nadie que le hubiera visto a excepción del general Chaen Otse, porque era muy posible que el capitán Telus Kastle, tampoco le conociera.

—Está bien, general, veré al mariscal.

Un vehículo conducido por dos Cascos Rojos les llevó al hangar de la nave.

Por lo visto, el mariscal Cinabrius no quería salir de la nave para no ser identificado, claro que si nadie le había visto, pese a que mandaba, tampoco se le podría reconocer.

Subieron al corredor de los camarotes principales.

Junto a una puerta había dos oficiales de Casco Rojo montando guardia.

El general se enfrentó a la puerta y la abrió con una llave. Pasaron a una minúscula salita y el general cerró de nuevo la puerta con llave desde dentro. Aralis se inquietó; no le gustaba sentirse encerrada.

—Toma asiento, por favor —le pidió el general.

Se acomodaron en sendas butacas, pero la que había ocupado el general tenía unos mandos, que manipuló. Se apagaron las luces y, casi inmediatamente, apareció una claridad tenue, similar a la luz reverberante de un satélite, una luz como la que pudiera ofrecer la Luna al planeta Tierra en la noche.

Chaen Otse debió de accionar otro resorte y, lentamente, se corrió una pared entera.

Aralis Magina se fue retrepando en la butaca y luego hundiéndose en ella. Un nudo oprimió su garganta. No comprendía nada, su respiración se hizo entrecortada.

Frente a ellos había una gran sala iluminada con la misma luz y en el centro de la estancia, un enorme acuario de cristal.

Aralis quiso chillar y sólo le salió un ahogo. Deseó llorar y tampoco lo consiguió. Notaba que le faltaba la respiración, que le dolía la cabeza y tenía un violento deseo de huir.

Dentro de aquel monumental acuario había un monstruo que la observaba con sus dos enormes ojos almendrados y negros, rodeados de un blanco verde amarillento.

Fosforescían, eran dos ojos que aterraban y amedrentaban a 1a vez. Infundían pavor y cuando se clavaban en alguien, ese alguien se sentía dominado por ellos.

Aquel par de ojos se hallaban en una especie de cefalópodo terrestre, similar a un pulpo, todo cabeza y extremidades, aunque tenía más de ocho patas.

Aquellas extremidades, muy delgadas, semejaban raíces que se depositaban sobre un suelo de minerales que había en el fondo del acuario.

—Tranquilízate, Aralis. Estás viendo por primera vez a su excelencia el mariscal Cinabrius.

—No, general, no puede ser, todo esto es una pesadilla —rechazó la joven, sintiendo que las piernas no le obedecían, pues ni siquiera podía levantarse de la butaca en la que se hallaba sentada.

—Sí, es él. Querías verlo, ¿no? Pues ha llegado tu oportunidad, y ahora deberás guardar silencio por el resto de tu vida. El pueblo no comprendería que lo que menos importa es la forma del ser, sino su poder y siempre ha sido más importante el poder de la mente que el físico. La capacidad mental de su excelencia el mariscal Cinabrius, desde nuestro punto de vista, es ilimitada. Su cerebro es cien veces mayor que el nuestro y no lo utiliza sólo en parte, como hacemos nosotros, los bárbaros terrícolas, sino que lo emplea en su totalidad.

—Quiero marcharme de aquí, general —balbució Aralis, sintiéndose observaba por el ser monstruoso que permanecía dentro de aquel acuario que burbujeaba.

En su interior sólo había un suelo de minerales, sin plantas ni otra clase de seres vivos. Sólo estaba él ocupándolo todo, irradiando su poder a través del grueso cristal que lo contenía.

—Debes de considerarme como lo que soy, tu superior —sintió que le decía una voz extraña que captó dentro de su mente.

—Te habla. ¿Lo comprendes? —le preguntó Chaen Otse.

—Pero, ¿cómo puede comunicarse conmigo?

—Directamente a tu cerebro, Aralis. Lo mismo hace conmigo, es

su forma de emitir ideas. A él no le importa el idioma que nosotros empleemos, utiliza el lenguaje que cada uno de nosotros tiene archivado en su memoria. Para él, esto es sólo una insignificancia. Desde aquí controla en todo momento los cerebros de más de un millar de hombres, estando ellos en la Tierra, la Luna, Marte o Venus. Para su poder mental no existen las distancias. Controla las mentes ejecutivas de nuestro sistema porque él es su inventor. Él lo dirige, coordina y mantiene. Y los hombres que él controla, yo uno de ellos, controlamos a los demás y así todo se mantiene como él lo ha organizado.

—¿Quiere decir que toda la especie humana está controlada por este monstruo?

—Debería molestarme, capitán Magina, pero comprendo que la mente femenina no funciona psicológicamente igual que la masculina. Tengo en cuenta este factor —le comunicó el propio Cinabrius.

—Pero, ¿cómo ha logrado el poder?

El general Chaen Otse, explicó:

—Fue hace años. Era más joven que ahora y, por entonces, era un explorador astronauta. Llegué a Ganímedes y sentí la presencia de Cinabrius, pero estaba sepultado en lo más profundo de los hielos, acogido a un pequeño núcleo de calor que tiene este satélite natural, apenas perceptible desde el exterior. Pero, su poder me llegó. Yo no lo sabía, pero entonces comprendí lo que debía de hacerse. Primero había que deshelar el carbónico helado, luego los hielos de simple agua y bajo ellos, en lo que se podía conservar de agua licuada, estaba él, aguardando.

—¿Cómo podía vivir en los más profundos abismos?

—Es abisal, por eso no quiere luz, aunque la luz artificial la tolera mejor que la solar.

—Sin embargo, carecía de alimentos, este satélite estaba muerto.

—No estaba muerto. Él es un ser de temperatura fría y se adaptó al medio que lo envolvía a través de los siglos.

—¿Y la alimentación, de qué vive?

—Es autótrofo, como las plantas terrestres.

—¿Es una planta?

—Puede que tenga tejidos similares a los de nuestras plantas, o quizá sean más bien tejidos animales, no se ha podido analizar. Sería humillante para él extraer un pedazo de su cuerpo. Sus raíces se alimentan directamente y de una forma muy lenta de los minerales que están bajo él.

—Pero, ¿cómo logró meterlo ahí dentro?

—El me indicó el sistema, es decir, me fue dictando lo que debía de hacer. Se construyó el acuario con paredes exteriores de acero que se quitan en momentos como éste y se colocan automáticamente

cuando el acuario es trasladado de una parte a otra. De este modo, no se le ve, no se le descubre. Como te decía, sumergí el acuario en las aguas profundas y él mismo se introdujo en él. El acuario se cerró y lo extraje con las grúas oportunas. Nadie supo lo qué yo hacía, fue un riesgo que corrí. Por aquellos días, yo no era tan poderoso como ahora. El mariscal Cinabrius me ha dado poder a cambio de mi ayuda.

—Poder bajo su sometimiento.

—Todos estamos sometidos de una forma u otra —habló ahora Cinabrius—. Yo estoy sometido a estas paredes de cristal que me rodean, soy de un medio de vida distinto al vuestro, pero mi poder mental ya era grande cuando vuestra raza aún no había evolucionado y era como un animal más dentro de la fauna del planeta Tierra. Luego, sobrevinieron los cataclismos telúricos de Júpiter que afectaron a los satélites que le rodean y Ganímedes se congeló.

—De modo que es un ser de otros tiempos que ha sobrevivido y que es originario de Ganímedes.

—Ni siquiera soy de aquí, mis ancestros vinieron de otros mundos. Ahora, viajo en el acuario —le explicó Cinabrius—, pero en fondos debidamente preparados de algunos lagos terrestres, puedo adaptarme bien y allí me reproduciré, no así en los mares. La maldita sal de los mares terrícolas me perjudica, algún día haré que los desalinicen. Gracias a mí, la tecnología de la Tierra avanza mucho más aprisa. Yo coordino los trabajos de los mejores científicos cuando antes, cada uno de ellos laboraba de forma individualizada e incluso, cuando se hacía con supuestas colaboraciones, había envidias y recelos que malograban los trabajos de investigación. Ahora es distinto, porque cada cual realiza la misión que yo le ordeno.

—Pero, ¿cómo va a reproducirse, es que acaso hay más?

Esta vez, quien habló con cierto orgullo fue el propio general Chaen Otse, descubridor de aquel monstruo acuático pensante, de enormes ojos para ver en las tinieblas y quizá para transmitir a través de ellos las órdenes que emanaban de su gigantesco cerebro.

—Él se reproduce a sí mismo, como un protozoo bisexual. Tú y yo. Aralis, tendremos descendencia, pero de forma distinta, él se basta a sí mismo, aunque también necesita un proceso de gestación para su reproducción. Y para ello, precisa una controladísima alimentación mineral. El nombre de Cinabrius le viene porque el alimento que prefiere es el de mineral de cinabrio. Fíjate en las piedras rojizas del fondo del acuario.

—En el planeta Tierra existe este mineral.

—Sí, especialmente en España, California y Yugoslavia. Ya se está recolectando y guardando. Él lo necesitará, aunque su alimentación es comparativamente escasa, por eso vive tanto tiempo. Para él, la vida de un hombre terrestre es un plazo muy breve.

—¿Y el plazo de reproducción para él?

—También es largo, pero habrá quien cuide de Cinabrius. Él puede mentalizar a quien quiera, pero precisa a seres que también le amen para que el cuidado sea más esmerado. Por ello, tú y yo tendremos un hijo que será mi sucesor y cuidará al mariscal con tanto o más celo que yo.

—General, me siento mal, tengo mucho dolor de cabeza. Ha sido un *shock* importante para mí, jamás hubiera imaginado nada semejante.

Quien le habló a continuación fue Cinabrius, comunicándose telepáticamente.

—Tú eres la elegida para la función reproductora con el general Chaen Otse. Vuestros hijos serán quienes me cuiden y los hijos de vuestros hijos seguirán haciendo lo mismo, porque yo os sobreviviré a lo largo de los tiempos.

Después, debió de dar una orden directa al general Chaen Otse, pues éste movió una palanca y comenzó a correrse el panel de la pared.

El acuario quedó oculto y se encendieron las luces normales. Aralis Magina sintió unos vivos e imperiosos deseos de llorar. La humanidad terrestre ignoraba que ya estaba invadida, que había bastado un solo ser, extraño pero con inusitado poder mental, para invadirla y someterla. Luego aquel monstruo se reproduciría lentamente y tendría al terrícola para que la cuidara y protegiera.

CAPÍTULO XII

Cuando Flack Faraday arribó al yacimiento diecisiete, se encontró con los dos deportados que debía de recoger por heridas, pero había llegado tarde.

Aquella circunstancia parecía importar poco a los dirigentes de la colonia, pues hombres para condenar a trabajos forzados por las más mínimas faltas, los había de sobra.

—Llévate los cadáveres al incinerador —le ordenó el vigilante.

Entre dos deportados más del yacimiento, cargaron los cadáveres ensangrentados en el vehículo de Sanidad.

Una de las paredes del yacimiento se había desmoronado, atrapándolos. La agonía había sido lenta y penosa, y nadie se había preocupado de mitigarla.

El Casco Rojo había continuado masticando su chicle estimulante y los deportados trabajando, temiendo ser castigados con el dogal de represión. El vigilante había comunicado lo ocurrido y la vida seguía, eso era todo.

Flack Faraday suspiró.

Miró los dos cadáveres y lamentó carecer de una manta o lona para cubrirlos. Hacía calor, pero estaban demasiado frescos para heder como cadáveres; sin embargo, olían fuertemente a sudor.

—Me voy.

El oficial de los Cascos Rojos recibió una comunicación y mirando a Faraday, sonrió ligeramente. Asintió de palabra y con un movimiento de cabeza al comunicador a distancia, aunque no le estuvieran viendo.

Cortó la comunicación y dijo a Faraday:

—Regreso contigo a la colonia.

—Como quiera, oficial.

El oficial subió al vehículo y éste se puso en marcha. El oficial colocó su subfusil de lado, sobre sus piernas, y comentó:

—De modo que preparando un comité de fuga, ¿eh? —Y se echó a reír.

Faraday le observó de reojo.

—No sé de qué habla, oficial.

—No te hagas el imbécil, Faraday. La dirección ya tiene conocimiento de la organización del comité de fuga del cual, tú eres el jefe. ¡Qué estupidez! ¿Crees que podrás llegar lejos? Sólo has hecho que complicarte la vida, te lo digo yo, que llevo mucho tiempo en Ganímedes.

—Sigo sin saber de qué me habla.

—Con que no, ¿eh? Bueno, ya verás lo que te pasa, claro que si

quieres huir, yo te dejo. Podría optar entre matarte o dejarte vivir, que es lo mismo que condenarte a una agonía lenta. No hay posibilidad de vida fuera de la colonia. Ganímedes no tiene flora ni fauna, a menos que chupes los minerales. Qué estúpido eres, Faraday. Tú eres de esa clase de tipos que siempre andan metiéndose en líos, por eso estás aquí.

—Usted también está aquí —le replicó Faraday.

Flack, que era quien conducía, sabía que tenía muy pocas posibilidades para salir bien de todo.

Debía ir en busca de Scorpio y solicitar su ayuda, pero con el Casco Rojo encima, no llegaría lejos.

Por ello, de pronto, le propinó tal codazo en la boca del estómago, que lo dejó sin aire. Después, de inmediato, lo empujó fuera del vehículo.

El Casco Rojo aulló, pero se repuso pronto. Tenía el cráneo y el mentón protegidos contra las caídas. No le había sucedido nada y se disponía a dispararle con el láser.

Faraday, sin vacilar, le echó el vehículo encima, cogiéndolo de lleno, al tiempo que reducía al mínimo la altura del hovercraft con respecto al suelo, ya que se desplazaba sobre una almohada de aire, y aplastó al Casco Rojo.

Unas yardas más lejos, se detuvo y miró hacia atrás.

El Casco Rojo había muerto y su arma había resultado destrozada en el ataque.

Faraday recordó dónde había escondido el subfusil hurtado con anterioridad y se dirigió a toda velocidad hacia aquel lugar, no sin antes abandonar los cadáveres con una lacónica despedida.

—Lo siento, compañeros, ahora no puedo ayudaros. De nada serviría llevaros conmigo.

Ligero de peso, el vehículo alcanzó una buena velocidad.

Fue en busca del subfusil sin tropezarse a nadie por el camino. Recogió el arma y tornó a poner el hovercraft en marcha, esta vez con el foco encendido, pues ya tenía encima la noche. Se dirigió al borde del cráter en el que descubriera a la extraña criatura.

Temía que, de un instante a otro, le enviaran emisiones de castigo a través del dogal de represión, pero carecía de medios para quitádselo. Hacían falta las llaves magnéticas que guardaban celosamente los Cascos Rojos.

Al pie del cráter, mirando hacia su fondo insondable, llamó mentalmente, sin voz:

—¡Scorpio, Scorpio, estoy aquí, soy tu amigo, soy Faraday!

A su derecha, cerca de él, aparecieron los dos grandes ojos que semejaban no tener nada más detrás ni a su alrededor.

—Estás perseguido, ¿verdad, Faraday?

—Sí. Han descubierto, creo que por culpa de un traidor llamado Ragio, que preparaba la fuga.

—No te apures, adelantaremos los acontecimientos.

—¿Cómo vas a poder ayudarme, de qué armas dispones?

—Tú eres mi principal arma.

—No lo entiendo, Scorpio, no lo entiendo.

—Mi poder es mental.

—Poco lejos voy a llegar sólo con eso.

—Te equivocas, yo te ayudaré.

—¿Cómo?

—Mírame fijamente.

—¿Piensas hipnotizarme?

—No.

—¿Acaso apoderarte de mi mente?

—Tampoco.

—¿Entonces...?

—Agudizaré tus sentidos de tal forma, que antes de que alguien pueda verte, tú ya lo habrás captado a él con el sexto sentido que poseéis los terrícolas y que no sabéis controlar debidamente.

—¿Y yo podré controlarlo?

—Después de mirarme fijamente, sí —le comunicó Scorpio.

—De acuerdo, no me queda otra solución que confiar en ti, pero no acabo de comprenderte, me pareces algo demasiado fantástico.

—Eso te ocurre porque no me estás viendo.

—¿Que no te veo, y esos ojos?

—Sólo son un reflejo. Acércate a ellos y trata de coger uno.

—¿Que te coja un ojo?

—Sí.

Vaciló pero, al fin, Faraday se decidió y al intentar aprisionar el ojo, sólo atrapó el aire.

—Es cierto, eres como un espejismo. ¿Acaso sólo existes en mi mente?

—Estoy debajo de estas aguas.

—Ahora comprendo... Están tirando bombas a las aguas de los lagos que hay en los cráteres. ¿Quieren destruirte a ti precisamente?

—Eso es, pero tú me ayudarás a sobrevivir, a que no me aniquilen.

—¿Por qué quieren matarte, quién más sabe que estás ahí abajo?

Escrutó las aguas, tratando de descubrirlo y no aquellos ojos que sólo eran una imagen.

—Cinabrius me odia, me teme, es mi enemigo. Ansia destruirme.

—¿Cinabrius conoce tu existencia?

—Sí. El y yo luchamos. Me venció, pero herido, logré huir. Me he recuperado y tengo que destruirlo porque, en definitiva, se trata de él

o de mí, los últimos supervivientes de nuestra especie. Nosotros no somos entes sociales, como podáis serlo vosotros los terrícolas. Cada uno de nosotros es enemigo mortal del Otro, a menos que sea descendiente directo y sólo en dos generaciones. Cada vez, el lazo que nos une se pierde más y más, convirtiéndonos en enemigos debido a la vasta área de dominio que cada uno de nosotros precisa.

—¿Acaso me estás diciendo que Cinabrius es también como tú?

—Sí.

—No es posible.

—¿Acaso lo has visto, para poder negármelo? Chaen Otse cuida de él directamente. Se halla en la nave del astródromo, dentro de un acuario. El, con su poder mental, domina a los terrícolas más importantes y a través de ellos, a todo el sistema.

—Es fantástico, increíble.

—Tan increíble como esos ojos que estás viendo y que no son nada. Yo estoy debajo de las aguas y tú me sacarás de ellas antes de que me destruyan.

—¿Cómo podré seguir adelante? Tengo este dogal de represión y a través de él me controlan, me dominan. Pueden matarme si lo desean.

—Acércate a las aguas y hallarás lo que necesitas.

—¿Debo descender a la orilla del lago?

—Sí, no me temas. Yo te necesito a ti y tú me necesitas a mí.

—De acuerdo. Muerto por muerto, confío en ti.

Descendió por la abrupta pendiente del cráter. Algunas piedras rodaron, desprendiéndose. Al fin logró llegar a la orilla. Miró hacia las aguas negras y bajo su superficie, descubrió aquellos mismos ojos que viera arriba, junto al vehículo, pero allí no parecían ser una visión provocada, sino que eran los auténticos ojos de aquella criatura que habitaba en las aguas y que por sí misma era incapaz de salir de ellas.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Hunde las manos en el agua. Junto a la orilla, he depositado unas pequeñas piedras negras. Son de un mineral sintetizado por mí en lo más profundo de este lago que, por grandes galerías, se comunica con otros, por eso no me han encontrado todavía para destruirme.

Faraday, vislumbrando ligeramente el contorno del enigmático ser, pues las aguas estaban muy oscuras, sacó unos pequeños guijarros negros, como piedras redondeadas de arroyo.

—¿Y esto para qué sirve?

—Anula toda la emisión que incida sobre ellas, sea positiva o negativa, de cualquier clase de rayo. Colócate una entre el collar que llevas y el cuello y no temas, nada podrán hacerte. El mineral hará rebotar las emisiones y serán absorbidas por el mecanismo del dogal

de represión.

De pronto, Faraday sintió una sacudida en la cerviz.

—Maldita sea, ya me están enviando castigo.

—Vamos, aprisa, protégete.

Atacado por el cruel método del collar de represión, Faraday cayó al suelo, salpicándose con el agua de la orilla del siniestro lago.

Consiguió introducir uno de los pequeños guijarros entre su cuello y el apretado dogal de acero y el castigo cesó de inmediato. Aquel ser de las profundidades abisales de Ganímedes tenía razón.

CAPÍTULO XIII

Se aproximó al yacimiento catorce, allí estaban sus amigos. Había dejado el vehículo a prudente distancia.

Se fue acercando hasta que divisó al vigilante y al Casco Rojo. Se podía oír el estruendo de los martillos neumonucleares arrancando el mineral.

Flack Faraday les apuntó con su subfusil láser y los exterminó a ambos con sendos disparos.

Todos pudieron verle y dejaron de trabajar. Enmanuel Jourdan se adelantó y preguntó:

—¿Ha llegado la hora, capitán?

—Sí. Coge el subfusil del Casco Rojo.

—¡Eres un traidor! —le gritó el indonésico Taiw.

—¡No lo es! —rebatió Enmanuel Jourdan—. ¡El plan de fuga es suyo!

—La dirección ya ha averiguado que he estado organizando el comité de fuga y estoy perseguido. Han dado el chivatazo.

Bruscamente, Ragio echó a correr y todos comprendieron. Faraday pudo haberlo matado, mas una lluvia de mineral cayó sobre el traidor, dejándolo cadáver tendido en el suelo.

Taiw preguntó:

—¿Y ahora qué? Hemos dado muerte al chivato, eso no tiene importancia, pero ¿cómo escapar?

—Taiw tiene razón —opinó el ex capitán Brandon—. En cuanto nos aprieten las clavijas con los collares de control, estaremos perdidos.

—No podrán hacerlo —les respondió Faraday.

—¿Por qué no? —inquirió el teniente Enmanuel Jourdan.

—A mí ya han intentado acogotarme con él, pero tengo un antídoto eficaz para estos collares.

—¿Y cuál es? —preguntaron varias voces incrédulas.

—Un mineral. Se coloca una de estas piedrecitas entre el dogal y el cuello, cuidando de no perderlas, y las emisiones de castigo no surtirán efecto. Traigo suficientes para todos.

Corrieron hacia él y Faraday repartió aquel mineral proporcionado por el extraño Scorpio. Luego, dijo:

—Ahora, tendréis que luchar como podáis. No os dirijáis hacia la nave. Marchad dispersos hacia la colonia, introduciros por los túneles. Tenéis que matar a los Cascos Rojos tirándoles piedras o lo que sea, pero cada Casco Rojo que caiga será un subfusil láser más que tendréis para atacar.

—¿Y la nave? —interrogó el capitán Brandon, ansioso.

—Yo me ocuparé de ella, ayudado por el teniente Jourdan. Si tenemos éxito, conseguiremos la mayor victoria que la humanidad terrícola haya obtenido jamás. Os lo digo yo, Flack Faraday, y podéis creerme. Los que caigáis en la lucha no será sangre inútil; será la sangre de la independencia de los terrícolas.

—¿Estás loco, Faraday? —se asombró Brandon—. Es como si hablaras de una guerra y no de una fuga.

—Es que se trata de una guerra, la guerra contra la tiranía de Cinabrius. El mariscal no es como nosotros, no es un terrícola.

Lo que acababa de decir les dejó perplejos a todos. Enmanuel Jourdan se atrevió a preguntar:

—¿Qué es, entonces?

—Un ser superdotado mentalmente, de este satélite natural de Júpiter. Tengo poco tiempo para explicaciones, sé que cuesta creerlo, pero es así. Cinabrius es un alienígena que nos domina y debemos luchar para sacudirnos su tiranía. ¡Por nuestra mundi-democracia! —gritó, siendo coreado por los demás. Vamos, Jourdan, hay que actuar aprisa, ya se habrán puesto a la defensiva.

Jourdan saltó al vehículo de Sanidad y Faraday hizo lo mismo, poniéndose ante el volante.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—A los túneles. Una vez allí, programaré a este trasto para que nos lleve al astródromo. Debemos irrumpir por sorpresa, es nuestra única baza. Si la puerta de la nave se cierra y despega, estamos perdidos.

—Puede que ya lo estén haciendo.

—Es un riesgo que hay que afrontar. Ellos piensan en una simple fuga, ignoran de qué poderes nos valemos.

—¿Y cómo has obtenido ese extraño mineral que anula los collares de castigo?

Faraday sonrió levemente y dijo:

—Será mejor que te lo explique en otro momento. Se encendió un piloto azul en el panel del vehículo. Jourdan inquirió:

—¿Qué sucede ahora?

—Llaman de Sanidad. Lo misma puede ser una trampa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nos arriesgaremos.

Faraday abrió el contacto y respondió:

—Aquí Faraday, conductor del vehículo de Sanidad. Se dejó oír la voz angustiada de Aralis Magina.

—¡Faraday, soy Aralis!

—Hola, encanto —saludó él.

Jourdan se lo quedó mirando entre incrédulo y asombrado, con un ramalazo de envidia.

—¡Te están buscando!

—Lo sé, preciosa, pero la noche me favorece.

—¡Tratarán de localizar el vehículo!

—Si salen otros vehículos buscándome, pueden confundirse.

—¡Faraday, aléjate lo más que puedas! He averiguado algo increíble que yo misma ignoraba.

—¿Te refieres a quién es y cómo es Cinabrius?

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Cómo has podido averiguarlo, si está oculto?

—Lo sé, y eso basta por ahora.

—Faraday, tengo mucho miedo.

—¿Puedes dirigirte al andén del túnel C-70?

—Sí.

—Pues allí te recogeré; corto.

—¿Ella también estaba en lo de la fuga? —le preguntó Jourdan.

—No, pero ahora ya lo está. Por lo visto ha averiguado también quién es Cinabrius y se le han pasado las ganas de seguir obedeciendo las normas establecidas por ese tirano extraterrestre.

—¿No puede traicionarnos?

—No lo hará. Aralis podía estar equivocada por la educación recibida, pero es terriblemente sincera.

Se introdujeron por uno de los túneles, Faraday se había acostumbrado a circular por aquellas galerías bajo el suelo de Ganímedes. En el andén C-70 aguardaba una silueta.

—Ahí está.

Aralis Magina se dispuso a subir al vehículo cuando se escuchó una brutal carcajada. Al mirar descubrieron al capitán Telus Kastle que les apuntaba con su arma láser.

—Se terminó el viaje, interceptaron vuestro diálogo. De modo que ya sabéis quién es Cinabrius.

—¿Tú ya lo sabías? —le preguntó Faraday, abiertamente.

—Claro que lo sabía. Soy el hombre de confianza del general Chaen Otse. Cinabrius precisa de cierta protección y cuidados de transporte y cuando no está el general, alguien ha de estar vigilando. Ese alguien he sido yo muchas veces.

—Es un horrible traidor, capitán Kastle —le escupió Aralis.

—¿Traidor, por qué? Cinabrius es más inteligente que nosotros, nada podemos contra él, de modo que es preferible servirle. Me di cuenta al principio de crearse el sistema que fue organizando el general Chaen Otse. Me alié con él y me cobró confianza. Yo sabía que una mente superior lo dominaba todo, una mente práctica y avasalladora, sin concesiones a nada. Si una colonia de trabajo se insubordina, se extermina y ya está. Esa fue la orden que tú recibiste,

Faraday. No quisiste obedecerla y eso te costó venir aquí deportado.

—Sí, ya lo sé —dijo Aralis—. Antes estaba alienada, pero he abierto los ojos al descubrir quién es su excelencia el mariscal Cinabrius.

—Eso te costará caro, Aralis. Ahora diviértete un poco viendo cómo baila el pelele de Faraday. Sé que le amas, por eso quiero que veas como se retuerce.

Se llevó la mano a la cajita de emisiones que tenía en el cinturón.

Faraday se puso en pie sobre el asiento del vehículo y se llevó las manos al cuello, haciendo gestos de dolor.

—¡No lo castigue con el collar, puede matarlo! —chilló la joven.

El teniente Jourdan, comprendiendo que Faraday se proponía algo, puesto que no era cierto que recibiera castigo, la cogió por el antebrazo, conteniéndola.

Faraday, en la teatralización de su dolor, saltó al andén. Se revolcó por el pavimento acercándose a Telus Kastle que reía dando fuerza al emisor de castigo.

De pronto, recibió una violenta patada en sus rodillas que lo tiró al suelo. Inmediatamente, Faraday se abalanzó como un tigre sobre él.

Telus Kastle quedó sorprendido. Acababa de perder su arma tras un pisotón en la mano, que Faraday le proporcionó con sus botas lastradas. Luego se inició una lucha brutal.

Jourdan trataba de apuntar con uno de los subfusiles láser, pero disparar era arriesgarse a darle a Faraday, pues los dos hombres se hallaban enzarzados en una pelea a muerte.

Telus Kastle tenía la ventaja del casco protector.

Cambiaron golpes hasta que Faraday consiguió hacerle una presa por delante de la garganta, con el antebrazo, bajo el protector del mentón.

Telus Kastle no consiguió escapar por más que golpeó a Faraday. Este aguantó hasta que Telus Kastle dejó de existir. Era la muerte de un traidor a toda la humanidad terrícola.

Jadeante, Faraday regresó al vehículo. Aralis le abrazó.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor de lo que cabía esperar.

—¿No te ha lastimado el collar?

—No, soy inmune a él, ya te explicaré. Ahora, coge tú el arma de Kastle, nos hará falta para llegar hasta Cinabrius, ¿Sabes el camino? Lo digo para no perder tiempo.

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Se dirigieron al astropuerto.

Aralis guiaba ahora el hovercraft y los dos hombres se hallaban en la caja de carga, pegados a la misma, con las armas dispuestas.

Pasaron los controles a distancia, ya que Aralis Magina podía ir a la nave cuando quisiera. Aquéllas eran las órdenes que había dado Chaen Otse y Telus Kastle no había tenido tiempo de comunicar la rebeldía de la joven doctora por querer apuntarse su captura como un éxito personal.

Se introdujeron en el hangar de la nave. Detuvieron el vehículo cuando sonaban unas sirenas de alarma y la gran puerta del hangar comenzó a izarse para cerrar la entrada de la gran nave, aislándose así del exterior.

—¿Nos habrán descubierto? —preguntó Aralis, en voz baja.

—No lo creo —respondió Faraday—. Será que habrán descubierto el avance de los deportados rebeldes sobre la colonia. Habrá lucha y los Cascos Rojos estarán entretenidos.

Penetraron en el ascensor que les condujo al piso deseado.

Aralis los guiaba y al llegar al corredor, descubrieron a los centinelas. Faraday y Jourdan dispararon contra ellos los silenciosos pero letales rayos y cayeron fulminados.

—Detrás de esa puerta —indicó Aralis.

Apuntaron a la cerradura. Jalaron los gatillos y la cerradura se fundió. Faraday dio una patada con su bota y la puerta saltó hacia el interior.

Allí, en la penumbra, estaba Chaen Otse comunicándose frente al enorme acuario.

—¿Qué significa esto? —clamó.

El general trató de desenfundar su pistola láser y fue la propia Aralis quien jaló uno de los subfusiles, exterminándolo en su butaca.

Los tres se encararon con el monstruo del acuario y los tres recibieron idéntica orden:

—¡No os mováis!

La orden que les enviaba telepáticamente Cinabrius era muy fuerte. Aralis y Jourdan quedaron quietos, pero Flack Faraday replicó:

—Me envía tu amigo Scorpio.

Y jaló el gatillo del subfusil láser.

Todo se iluminó al rebotar el rayo contra el cristal del gran acuario, pero parte del mismo fue absorbido. El cristal se calentó y estalló.

El agua se vino hacia ellos y el monstruo pensante salió entre los cristales, todavía vivo, desplazándose lentamente sobre aquella especie de raíces que constituían sus patas.

Faraday le apuntó y tornó a disparar el arma hasta que aquellos ojos se carbonizaron. La gran masa gelatinosa humeó, hedionda y burbujeante, mientras se formaban grandes ampollas que reventaban y salpicaban. Al fin, el monstruo abisal quedó destruido.

—¿Cómo lo has conseguido, Faraday? —preguntó Jourdan, aún

anonadado.

—Me han dado el sistema.

—¿Cuál sistema? —insistió Jourdan.

—Dos por dos, cuatro; tres por tres, nueve; cuatro por cuatro, dieciséis. Sencillo. He bloqueado mi mente cantando números.

—¿Y quién te dio el sistema?

—Scorpio.

—¿Quién es Scorpio? —inquirió Aralis.

—Un ser igual a éste. Se odiaban entre sí. Me está esperando.

—Flack, ¿has matado a uno para darle el poder a otro?

—Aralis, vamos al puente de mando de la nave.

—Bien, pero ¿y si encontramos oposición?

—Emplearemos las armas. Todos los Cascos Rojos son unos traidores.

Corrieron por los pasillos de la nave y atacaron a los Cascos Rojos con los cuales tropezaron en su camino. Allí llegaron al puente de mando donde hallaron dos oficiales marciales, pero que no eran Cascos Rojos.

Los recién llegados les apuntaron con sus armas, comunicándoles:

—Cinabrius ha muerto y el general Chaen Otse también. La tiranía ha caído.

Los hombres alzaron sus manos, entregándose. Faraday les dijo:

—Todo ha cambiado. Cinabrius era un alienígena, un monstruo. Encontraréis su cadáver si vais a verlo. Hemos de emprender una nueva singladura en la mundi-democracia terrícola. ¿Estáis de acuerdo?

Ambos asintieron con la cabeza.

Aralis preguntó:

—¿Qué hemos de hacer ahora?

—Abriremos los micrófonos y comunicaremos a toda la colonia lo sucedido. Mientras, que la nave se eleve; hay que desplazarse.

A través de los micrófonos conminó a los Cascos Rojos a que se rindieran, Notificó las muertes del capitán Kastle, del general Chaen Otse y del mismísimo mariscal Cinabrius.

—La tiranía ha concluido y el nuevo Gobierno se someterá a elecciones en el planeta Tierra. El monstruo que nos dominaba, ha sido destruido.

Aralis Magina le recordó:

—Pero está Scorpio. Hemos exterminado a uno para darle el poder a otro.

La nave se desplazó del astródromo gracias a la energía del silicatum-99.

Faraday, situado en el puente de mando, ordenó la dirección y luego buscó en las coordenadas para el envío de misiles

termonucleares de gran potencia.

Descubrió el lago donde vivía el otro ser y dijo mentalmente, esperando que Scorpio le captara:

—Lo siento, Scorpio. Nos has ayudado, pero no por solidaridad a nuestra causa, sino por vengarte y obtener el poder que tenía Cinabrius. No puedo dejarte libre y vivo, eres superior a nosotros. De veras lo siento, pero has de ser destruido porque acabarías siendo tan tirano como Cinabrius y no podemos exponernos.

—¡Detente, Faraday, detente! —escuchó la orden en su mente.

—Dos por dos, cuatro; tres por tres, nueve; cuatro por cuatro, dieciséis…

Del interior del cráter brotó la gran seta atómica y la gran potencia calorífica lo secó. Ya nada se podría encontrar dentro de él.

Mientras, los deportados hacían limpieza de Cascos Rojos en la colonia y la grata nueva del fin de la tiranía era comunicada a la Tierra.

Aralis Magina cogió por el cuello a Faraday; se inclinó sobre él y lo besó apasionadamente.

—Tenías razón, Flack. La pareja, como pareja, no morirá. El amor no se puede desarraigar del hombre y la mujer por muchos sistemas que traten de aniquilarlo.

Y continuaron besándose.

F I N



DESDE AHORA PUEDE LEER LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES DE LA NUEVA COLECCION **de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PT